

RETAZOS DEL TIEMPO

Con el auspicio de



Retazos del Tiempo
Segunda Edición

©Jorge Mora Varela
jgmora@puce.edu.ec
2012

Portada y pinturas interiores: Edgar Flores Pazos, artista plástico tulcaño

Entre otras:

1997 Congreso Internacional de Americanistas

1992: Seminario del Administrador Cultural, dictado por Adolfo Colombres

2002 Mención de Honor 15avo Salón de Arte Menesse State University
Abercrombie Gallery

2001 Exposición “Lenguajes de la Tierra” de Kentucky

2006 Director de la Casa de la Juventud del Gobierno Provincial

Ilustración página 119: Julio César Lara,
Diseñador Empresarial tulcaño

Editorial El Conejo, 2012

Av. 6 de Diciembre 2309 y la Niña. Quito.

www.editorialelconejo.com

ISBN: 978-9978-87-437-0

Derecho autorral: 038416

Depósito legal: 004774

RETAZOS DEL TIEMPO

JORGE MORA VARELA

ÍNDICE

Presentación

Identidad

Ciclista a la viiiista...	15
Los árboles deben morir de pie	23
El cristo unificador	33

Historias de vida

La dama y el fútbol	41
A las puertas del ocaso	61
Simón	69

Historias de amor

Arco iris	77
La fanesca	81
Madre	85
Padre	89
Mi hijo aprendió a volar	93

Montañas

El guardián de la montaña	101
La quena y el viento	105
Maestro	109

Paisajes

Pesebre

115

Tarde gris

117

Aventuras de niños

Pañoleta roja

121

PRESENTACIÓN

En este tiempo de globalización, en donde los símbolos nos vienen del vértigo del consumo de la comunicación, es dignificante para la municipalidad de Tulcán brindar apoyo a nuestras particularidades vivenciales, como un pueblo con Historia, por medio de la Literatura.

Por ello, nos es grato impulsar la obra Retazos del Tiempo, del escritor tulcanense Jorge Mora Varela, libro en el cual nos presenta una serie de cuentos con calidad estética, de lectura fácil y amena, con mensajes claros, que nos invitan a reencontrarnos con nuestra geografía humana. Los cuentos de este libro denotan belleza literaria, y su contenido trasciende la memoria, como patrimonio de nuestra gente en su vida social.

Una de las acciones de esta Administración es el trabajo para recuperar los patrimonios tangibles e intangibles de la ciudad de Tulcán, como son los monumentos públicos, que denotan belleza arquitectónica; entre ellos, el Mercado Central que, en su dinámica moderna, prestará sus renovados servicios, el Teatro Lemarie, en donde se desarrolló el cine y las actividades culturales de Tulcán de ayer, escenario que sustentará el desarrollo cultural de la ciudad.

Para el rescate de nuestro Patrimonio, presentamos, por medio del lenguaje literario, los recuerdos configurados con el arte de la palabra, significativas

lecciones de vida que alimentan nuestros imaginarios y los sentidos de pertenencia con sus voces permanentes que vigorizan nuestra identidad.

Anhelamos que la ciudadanía, escuelas, colegios y universidades acojan este aporte, que es un material literario que nos brinda la posibilidad del diálogo, del referente de lo que somos y nos constituimos como descendientes de los Pastos.

¡VAMOS TULCÁN, AVANCEMOS...!

Ing. Julio César Robles Guevara

**ALCALDE DEL GOBIERNO AUTÓNOMO
DESCENTRALIZADO MUNICIPAL DE TULCÁN**

Para mis gregarios imprescindibles:

Mirtha

Daniela

Jorge Humberto



IDENTIDAD

CICLISTA A LA VISTA...

Prólogo

Teníamos prisa en llegar a Tulcán. El viaje duraba ya cinco horas, desde donde residíamos hace casi ya treinta años, y aún faltaba un poco más.

—Saben —decía mi padre una vez más como tantas veces lo había dicho— antes, llegar al pueblo no demoraba más de tres o cuatro horas, pero con este tráfico...

Nos veíamos entre nosotros y sonreíamos.

Habíamos pasado la población de La Paz y apenas unos kilómetros más adelante, el paisaje se mostraba como un inmenso mantel hecho de retazos de tela en las más diversas tonalidades de verde, unidos entre sí con cordeles del mismo color.

Para mi padre, volver a su provincia y ciudad natal era un viaje al pasado, lleno de nostalgias y recuerdos de sus primeros años. La puerta de entrada la formaban las pequeñas colinas en medio de un cañón de elevaciones mayores, matizado por la línea gris de la carretera Panamericana que se dibujaba sinuosa en medio del paisaje, sobre la cual parecían deslizarse, con prisa y sin pausa, los vehículos que rompían la armonía natural del paisaje de la provincia del Carchi, al norte del Ecuador.

Para quienes habitamos en otros lugares, aquellos paisajes no constituían parte de nuestra cotidianidad, no era precisamente natural, ni muy seguro, la presencia de pequeñas hordas de ciclistas vestidos con trajes multicolores que se mecían cadenciosamente, y dibujaban serpentinas de color y movimiento al costado de la vía, en uno y otro sentido.

Mi padre los veía sin sorpresa, pero con atención, y trataba de mirar sus rostros queriendo reconocer en alguno de ellos una cara familiar. Pensábamos que era una tarea inútil, pero en fin, así era él.

Arribamos por fin a la ciudad de Tulcán, entonces mi madre comentó:

—Creo que valió la pena madrugar un poco, así podemos aprovechar el día y hacer todas las cosas, visitar a los amigos, hacer las compras que nos gustan e ir al mercado para aprovisionarnos de los alimentos que no se encuentran en otra parte y que permiten hacer realidad los platos con las delicias de la infancia.

El día fue encantador, pudimos hacer todas las tareas que habíamos planeado y al final de la tarde, mientras paseábamos por el parque de la Independencia, mi padre exclamó:

—Miren a ese hombre que está ahí —para nosotros era solamente un hombre alto y enjuto que encajaba perfectamente en el paisaje, metido en un poncho tradicional, que caminaba sin prisa, con una sonrisa plena y que hablaba a un volumen muy alto—. Pero hijos —nos dijo mi padre—, si es el más grande ciclista que ha dado esta tierra, es uno de los héroes de mi infancia.

—¿Quién? —le demandamos.

—Es el más grande ciclista de ruta, el “Cóndor de los Andes” —nos dijo—, ganador de una infinidad de

vueltas al Ecuador en bicicleta, ganó también en la Argentina, ¡es toda una leyenda!

—¿Por qué algunos de nuestros héroes parecieran haber caído en el olvido? —se preguntaba en voz baja.

—Ven —le dije a mi padre—, tomemos algo en el café de la esquina del parque, ojalá todavía existan las pastas de las que tanto habla mi madre.

Cruzamos la calle y entramos en el tradicional “Café Tulcán”, apenas cruzamos la puerta, en el ambiente se podía percibir el suave olor del café recién colado; embriagado en ese aroma del pasado, mi padre empezó a contarnos las historias de su tiempo.

Ordenamos cuatro tazas de café con pan y nata. Mientras esperábamos que nos sirvieran, fuimos entrando en el túnel del tiempo que nos llevó a los años 60 del siglo pasado.

Capítulo I

—Levanten niños, debemos salir pronto, vamos a las carreras, la etapa llega hoy a Tulcán, y tenemos que buscar un sitio especial en el camino. Ya tengo pensado dónde vamos a estar para ver pasar a los ciclistas.

Nos embarcábamos en el carro de papá, mi madre había preparado la comida, todos íbamos bien arropados porque en el lugar que había escogido nuestro padre corría un viento helado, pero desde ahí se podía ver cómo bajaban los ciclistas.

La radio “Ondas Carchenses” describía las incidencias de la etapa que ese día había salido desde Ibarra a las ocho de la mañana. En nuestro corazón generaba tal inquietud que parecía que los ciclistas nos iban a ganar. La señal de la radio a veces se perdía, pero vol-

vía con fuerza y narraba una carrera que, para nuestro imaginario, tenía poderes especiales.

“Señoras y señores, avanza la caravana ciclística, todos en pelotón compacto, van devorando los kilómetros, recorriendo el valle del Juncal”.

Los equipos de otras provincias del Ecuador, y de los demás países se turnaban para marcar a nuestros créditos, tratando de evitar una escapada, mientras bordeaban el río que separa las provincias de Imbabura y Carchi.

Empezaba el ascenso. Nuestro corazón latía de prisa, nuestras manos empezaban a sudar mientras escuchábamos la radio. “Vamos, es el momento de los ciclistas del Carchi, aquí nacimos, esta es nuestra tierra, estamos en casa, si ganamos la etapa volveremos a ser campeones de la vuelta”, decía el narrador.

El locutor narraba con asombro y emoción creciente las incidencias de la vuelta: “...todo el pelotón asciende por las curvas en la cuesta que parece interminable, los ciclistas del Carchi pedalean de pie y buscan la escapada, sus contendores se aferran al manubrio y en un esfuerzo que raya en lo sobrehumano, no pierden la rueda de los carchenses que asumen el liderazgo de la etapa y el pelotón va disminuyendo”.

Al llegar a Cúnquer, el grupo de ciclistas estaba diezmado, pero aún se mantenían en el pelotón los posibles rivales de los carchenses. La geografía les daba un respiro, pequeños repechos y bajadas permitían que los músculos de las piernas tuvieran algún alivio.

El líder de la vuelta lo era por apenas un par de segundos, muy poco para poder cantar victoria, “debemos asegurar la vuelta”, decíamos casi al unísono, mientras todo el pueblo en pequeños grupos se rega-

ban por las laderas que terminaban en las Peñas, en el sector del “Guagua Negro”.

El pelotón arribó a la “Cuesta de Cuesaca”, donde se encontraba la zona de alimentación. Los equipos de ayuda se preparaban para alimentar a los ruteros, volaban por los aires las caramañolas, vacías entonces, los alimentadores las llenaban del líquido que les ayudaba a hidratarse.

Decían que los ciclistas extranjeros recibían frutas, dulces, alimentos preparados especialmente para mejorar el rendimiento, pero los nuestros se alimentaban “mejor”, sosteníamos mágicamente, sus caramañolas están llenas de agua de panela y, para recuperar sus fuerzas, no hay nada como unas papitas con un poco de cuy y un pedazo de queso, “eso es bueno, en seguida se ponen bien, ya van a ver”, decían nuestros mayores.

La caravana llegó a San Gabriel, el grupo líder venía unido, la marca sobre los nuestros volvió a ser eficiente, nuestro líder estaba bien ubicado, su rostro no manifestaba ninguna emoción, parecía estar esperando el momento adecuado. Pasaron a gran ritmo las poblaciones de Huaca y Julio Andrade, solo faltaba el último premio de montaña.

El grupo se había extendido como un tren humano y dibujaba un vaivén multicolor al fondo de la curva la “Huecada”, los ciclistas, al unísono, tomaron una gran bocanada de aire. De manera decidida apareció Jaime Pozo González a la cabeza del pelotón, su ritmo de pedaleo era endemoniado, como si hubiese despertado y de repente sacaba a relucir toda su potencia.

El narrador extasiado por esa demostración de poder, gritaba emocionado, “comienza el ataque del Cóndor”, pero sus rivales responden con prontitud y van furiosamente tras el carchense que trata de escapar,

faltan unos pocos kilómetros para arribar al Guagua Ne...

.....

—¡Qué pasa con la radio! Sintonízala bien. Mueve la antena. No se escucha nada —gritaba la gente apostada a la vera del camino.

Se había perdido la señal, no era posible saber nada, todos dirigiámos la mirada a la carretera que venía de la montaña. Desde el centro base de la radio, ante la imposibilidad de recibir alguna señal de la carretera, daba paso al puesto fijo de las “Juntas”, desde donde el narrador adivinaba las incidencias de la carrera, el silencio y la incertidumbre eran insoportables. De pronto se escuchó en la radio:

“CICLISTA A LA VIIIISTA, CICLISTA A LA VIIIISTA...”

No lo podíamos creer, era el maillot amarillo de Jaime Pozo Gonzáles que descendía desde el premio de montaña, en solitario, a una velocidad impresionante. Los más entendidos decían: “Es que ni siquiera los automóviles lo pueden seguir”, era nuestro crédito: aquél, nacido en esta tierra, que arribaba como deben hacerlo los héroes, en solitario y con una gran ventaja de tiempo respecto a los contrincantes.

Nosotros aguzábamos la mirada para verlo pasar, aunque cruzó muy de prisa, solo dos segundos bastaron para que el reflejo amarillo y su mirada decidida se grabaran para siempre en nuestra mente y en nuestro corazón.

Capítulo II

Miles de personas estábamos regados por las laderas y en el campo abierto se podía escuchar los gritos de júbilo de la gente que sabía que uno de los nuestros

era el mejor, que buscaba la meta en solitario, que nadie podía ya alcanzarlo. Después de algunos minutos, comenzaron a pasar los demás ciclistas, rezagados, vencidos, que solo debían llegar a la meta para hacerle corte de honor al vencedor, al carchense ganador.

Teníamos que ir al parque principal para ver la premiación. En pocos minutos, yendo por la “calle 13” y después por la calle “larga”, pudimos arribar a la plaza de la Independencia, estaba colmada, todos queríamos ver al triunfador, sentirnos parte de la hazaña. Los empleados municipales se acomodaban en la amplia y generosa escalinata de piedra, que era el acceso a la Biblioteca Municipal, los estudiantes del Colegio Bolívar se agolpaban en los ventanales de la gran casona; los empleados del gobierno, una gran cantidad de personas, aplaudían desde el edificio de la Gobernación y las más bellas jóvenes del pueblo lucían sus mejores galas y adornaban el escenario desde los balcones de las casas de dos plantas que circundaban el parque principal, donde el Alcalde de la ciudad Julio Robles Castillo, en un discurso fervoroso, resaltaba las características de los valientes tulcaneños, y carchenses que mostraban su temple ganador ante el país y el mundo.

Así, entre discursos, aplausos y la música de las bandas, moría otra tarde gloriosa en el pueblo, donde los niños esperábamos crecer de prisa para tener una bicicleta y trepar al “Guagua Negro”, porque esa era la manera de demostrarnos a nosotros mismos que teníamos el temple y el coraje para ser reconocidos como hijos dignos de esta tierra.

Epílogo

Las tazas de café estaban vacías, los ojos de mi padre lucían brillantes por un par de lágrimas contenidas.

—De esas tardes gloriosas tuvimos tantas —aseveró mi madre—. Para nosotros, ganar dependía de la fortaleza y el carácter para vencer los obstáculos, y eso nos sobraba —dijo ella. Entonces vi a mis padres como un par de ganadores que jamás renunciaron a la lucha y que ganaron todas las etapas que la vida les había puesto en el camino.

La interrumpí y le pregunté si aquel señor era el único héroe y, con una sonrisa, me dijo que el pueblo estaba hecho de esas personas, y si no que preguntara por los hermanos Pozo, los Martínez, los Chugá, los Imbacuán, los Padilla, los Rosero, los Rodríguez, los Pastáz, los Gualagán, los Hernández, los Montenegro, los Caicedo, los Chiles, los Huertas, los Lomas, los Cárdenas, los García, los Montalvo, los Cuaical, los Vilaña, el memín Estrada, y tantos y tantos más...

FIN

LOS ÁRBOLES DEBEN MORIR DE PIE

—Papá, no lo piense más ya es hora del retiro, por su seguridad, usted ya debe dejar de trabajar, tiene más de ochenta años —le dijo el primero de sus hijos. El hombre no aparentaba su edad, caminaba recto, mentalmente estaba lúcido, pero el paso de los años le iba quitando algunas facultades que ponían en peligro su integridad en medio de la ciudad que se movía frenéticamente, como una fiera de mil cabezas que devoraba a todos los que iban quedando a la zaga.

—¡No! Yo he trabajado toda la vida y debo hacerlo hasta el día que muera —sentenció, mientras miraba el ir y venir de los vehículos que circulaban velozmente por la gran avenida que partía en dos el corazón de la ciudad.

—Papá —insistió el hijo—, no se preocupe por el futuro, nosotros con mucho gusto cuidaremos de usted y mi madre por todo el tiempo que les quede por vivir.

Carlos sintió como si una daga cercenara su corazón y sintiéndose herido masculló en voz alta:

—¡Jamás! Yo desde niño aprendí a sobrevivir solo y así será hasta el final.

La infancia

—Vamos Carlos despierta, debemos irnos —dijo la abuela Lola—, vístete de prisa, antes que llegue tu ma-

dre. El pequeño, que apenas había cumplido los seis años, se despertó y vio que su abuela guardaba sus escasas pertenencias en un viejo morral. Sin entender lo que sucedía, tomó la mano que ella le extendía y salió de la casa donde, hasta ese momento, vivía con su madre y su padrastro.

—Desde ahora vivirás conmigo —le dijo—, tu padrastro nunca más volverá a ponerte una mano encima y no te preocupes por tu madre, ella tiene muchas cosas en qué pensar y otros hijos que criar.

El niño no sabía de su padre, el hombre no había dejado huella y su madre nunca quizo contarle nada, conocía que el compañero con quien vivía su madre no lo quería y aprovechaba cada oportunidad para hacérselo sentir. El muchacho se había vuelto huraño y muy difícilmente hablaba, menos aún de sus propios sentimientos. Jamás había llorado porque se le había dicho que los hombres no se quejan y nunca lloran.

Su abuela era una mujer que había luchado sola en la vida y se había endurecido, pero que no podía ser indiferente a la realidad de su nieto. Por eso, aquella madrugada, aprovechando que el niño estaba solo en casa, se lo llevó, para criarlo junto a ella.

Esa noche, después de muchas noches de no dormir, Dolores pudo conciliar el sueño sabiendo que a su nieto no le faltaría el amor que, a su manera, ella sabría darle.

Tomo el café y me vengo...

Carlos llevaba una vida de mucho esfuerzo y privaciones, la vivienda que compartía con su abuela tenía una sola habitación, la cocina se separaba del dormitorio por telas colgadas de un cordel que en la noche, apenas alumbrados por la luz de una vela, en el imaginario del pequeño se transformaban en fantasmas que lo asustaban, por eso cuando veía que su abuela

se colocaba el pañolón negro que utilizaba para ir a los velorios, el corría para ganarle la puerta. Si lo lograba sabía que tomaría un aromático café negro con esas sabrosas galletas grandes y cuadradas que elaboraba don Manuel Pavón y que eran infaltables en un velorio de su pueblo. Pero cuando no lo lograba, su abuela lo dejaba solo hasta el día siguiente cuando regresaba después del canto de la aurora. Mientras ella se alejaba, escuchaba ¡abuelita Lola, lléveme, tomo el café y me vengo!

El Teatro Lemarie

Su abuela lo amaba a su manera y hacía que el niño participara de su vida. Por las mañanas lo mandaba a la escuela, pero en la tarde lo llevaba a negociar las cosechas de papa. La mujer caminaba de prisa a pesar de las pesadas polleras de lana y las chanclas que, con planta de cabuya, calzaba en sus pies, de manera que el niño para poder seguirla, debía correr a momentos.

En el parque de la Independencia del pueblo, había un cartelón donde se anunciaba la primera función de cine en el Teatro Lemarie para el domingo 22 de mayo, con el estreno de la película mexicana: “Allá en el Rancho Grande”, filmada en 1936 y protagonizada por Tito Guizar.

El niño no se cansaba de mirar aquel gran cartel, pero ese día haría su primera comunión y la abuela le decía que como debía comulgar, tendría que pasar la tarde en casa para no ofender a Dios que entraría en su cuerpo y en su corazón.

El muchacho ya había ido al cine que se proyectaba en los patios del Colegio Bolívar y del Hotel Esmeraldas, dónde para mirar las películas había que llevar una silla, pero ahora era en el Teatro Lemarie donde se decía que había butacas en luneta, palco y galería,

lo seducía de tal manera que se olvidó del cansancio de su carga, y la preparación de su primera comunión si apenas lo preocupaba.

El domingo a primera hora su abuela lo despertó llevando en sus manos un elegante terno de color azul y camisa blanca que le había comprado para esa ocasión tan especial.

—Carlos, vas a hacer tu primera comunión y debes usar este terno —le dijo. El niño muy emocionado por tan elegante atuendo se lo puso de prisa, cerró su camisa hasta el botón del cuello y salió acompañado de su abuela rumbo a la Iglesia Catedral. Mientras cruzaban el parque, no podía apartar sus ojos ni su pensamiento del cartel gigante donde se anunciaba la “Gran inauguración del Teatro Lemarie” para esa tarde, el niño no despegó sus ojos hasta virar por la esquina de las calles Sucre y 10 de Agosto.

La misa de la primera comunión fue larga para el gusto del muchacho, durante todo el tiempo su pensamiento estuvo en el cine. Se atormentaba porque en sus bolsillos no tenía ni un solo centavo.

Ya en casa le pidió a su abuela que le permitiera estar con su terno puesto. La mujer lo miró con ternura y con una cálida sonrisa asintió. Esa tarde no lo llevó a negociar la papa.

Apenas salió su abuela, el muchacho corrió a pararse en la vereda frente al nuevo teatro; le fascinaba mirar la fachada de piedra, porque se asemejaba a los castillos de los cuentos que había visto en la escuela. Aún era temprano, pero ya se veía a la gente arribar hasta las boleterías para comprar las entradas, todos vestían sus mejores galas y un ambiente de fiesta envolvía al pueblo. Un hombre de contextura gruesa que en mangas de camisa caminaba nervioso de frente a

la fachada del teatro, miraba con ansiedad por la calle Sucre, como si estuviese esperando a alguien y miraba su reloj con insistencia. Parecía que estaba al borde del colapso, en eso soltó en voz alta una palabrota y agregó: —Por fin llega la película.

Un auto se estacionó frente al cine y el conductor intentaba justificar su atraso ante el hombre que gritaba ¡baja los malditos rollos porque la función está por empezar! Como el material superaba la capacidad del hombre, Carlos, que había estado observando el impase, se acercó y dijo: — yo puedo ayudar, sin esperar respuesta tomó los rollos en sus brazos, el hombre sorprendido por la fuerza del muchacho, lo condujo hasta la sala de máquinas. Una pequeña ventana desde la parte más alta del teatro le abrió el escenario soñado. Una enorme pantalla gris asomaba tras el telón de terciopelo marrón, sujeto a cada lado con cordones de seda dorados, tras de un elegante arco que enmarcaba el proscenio, flamantes butacas de madera con estructura de hierro forjado completaban la luneta de aquel imponente escenario. El muchacho no cabía de felicidad, la película había comenzado y él estaba ahí mirando sin perderse ningún detalle, casi sin pestañar.

Al finalizar la obra le pidió al operador de las máquinas, —señor yo puedo ayudarle a cargar los rollos cada vez que haya una proyección y lo único que deseo es que me deje quedar en cada función. El hombre se alzó de hombros y aceptó.

El oficio “Es padre y madre”

Al finalizar la escuela, su abuela le dijo “vas a aprender un oficio, porque el oficio ‘Es padre y madre’, así que irás donde tu tío a aprender sastrería”.

A Carlos no le gustó nada la decisión de su abuela, su gran sueño eran los autos, los pocos que había visto en Tulcán y en algunas de las películas en el cine. Pero era difícil decirle eso a su Dolores, así que aplazando sus sueños se resignó a aprender a coser. Una aguja, hilo y un dedal fueron sus compañeros por algunos meses, hasta que su tío José Antonio mandó a llamar a la abuela y le dijo que tener ahí al muchacho era una pérdida de tiempo, que mejor lo lleve donde el maestro Luis Herrera a aprender mecánica, hasta que tuviera la edad necesaria para que siga el curso de choferes. Esa recomendación del tío le cambiaría la vida.

Los primeros pasos había que darlos, donde el único mecánico que había en el pueblo, un hombre cascarrabias, que tenía una herrería y con la llegada de los primeros automóviles la convirtió en mecánica. Entonces Carlos, que había cumplido los quince años, empezó a familiarizarse con las piezas de metal y cuando finalizaba la jornada de trabajo, limpiaba con minuciosidad las herramientas, se aseaba, se acicalaba y se sentaba frente al volante e imaginaba conducir el vehículo por los caminos que había visto en las películas de cine.

Hasta que una mañana, el señor Burbano, dueño de un camión, le propuso: —ven y maneja de verdad —subrayó—, los caminos son duros, pero tienes el carácter, sabes de “fierros” y jamás te vas a quedar porque naciste en esta tierra y la gente de Tulcán “nunca se vara”.

Para Carlos esa era la oportunidad de empezar a ganar dinero, transportando la cebada y el trigo desde la Rinconada, Chapués, Urbina o de Tulcanquer, y así ir fraguando su carácter recio como el más duro de los metales, trabajando sin descanso, sin límite de tiempo, sobre los caminos empedrados que llevaban a las ciudades o los caminos imposibles para llegar a donde

nadie lo había hecho sobre un vehículo de motor, hasta poder regresar a su pueblo con toda la solvencia, a bordo de su primer automóvil.

La juventud **“Me las pelo porque me las pelo”**

La presencia del dinero abría paso a los amigos, los hervidos y las noches de juerga. A primera hora de la mañana, en compañía de algunos jóvenes, se dirigían a Mercado Central a tomar unos “Cumbalazos”, para matar el chuchaqui. De pronto, uno de ellos, un moce-tón que fácilmente superaba el metro ochenta de esta-tura y corpulento, mirando unas manzanas en uno de los puestos del mercado, dijo alevosamente:

—Me las pelo porque me las pelo.

Aceleró el paso, tomó tres manzanas en cada mano y siguió caminando deprisa rumbo a la puerta que da a la calle Bolívar. Entonces Carlos lo alcanzó, lo tomó de un hombro y mirándolo a los ojos le recriminó de manera terminante:

—¡Los hombres de Tulcán, no robamos porque para eso trabajamos! —luego de unos segundos de silencio pesado, puso dinero en el bolsillo de la camisa del joven y le ordenó regresar al puesto de donde había tomado las manzanas y pagarlas.

El amor y el cementerio

En su automóvil trabajaba y disfrutaba de la ciudad. Al girar por la calle 10 de Agosto y Bolívar, pasando por la Escuela de Artes y Oficios “Vicente Fierro”, vio una mujer que le llamó su atención por la belleza, y elegancia, parecía haber salido de una de las más bellas películas que había visto en el cine. La miró fija e insistentemente, pero ella parecía ignorarlo, entonces él dio vuelta a la cuadra y la volvió a encontrar en el

parque la Concordia. Sacó la cabeza por la ventana y le dijo: —¿le puedo hacer una carrera? —y ella, mirándolo muy seria, le respondió que no gracias —una chica decente no se sube al vehículo de un desconocido.

Él, dispuesto a no perder esa oportunidad que le daba la vida, se bajó del vehículo y caminó junto a ella por el Parque Ayora, siguieron por el estadio Quilla-singa hasta llegar al cementerio y entre los cipreses de bellas formas se enamoraron como lo hacían los jóvenes del pueblo.

El matrimonio

Una tarde de domingo le preguntó a su bella dama:

—¿Quiere ir al cine?

Ella dulcemente aceptó. Entonces se dirigieron a comprar los boletos mientras en la puerta de entrada un muchacho gritaba: “gomas, cañas”, y una señora anunciaba: “las habas, el maní”. Carlos compró de todo y entraron, empezó la película que narraba una historia de amor y coraje, a los pocos minutos, se cortó la película y entre silbidos ensordecedores de la galería que pedían la devolución de las entradas. Él le dijo:

—Sabe que usted se parece a la artista de la película —y ella le devolvió una enorme sonrisa. Se reinició la función y cada corte era un momento delicioso para mirarse y hacerse promesas de amor.

Al salir del cine, tomados de la mano, caminaban decididos a empezar una vida juntos, llegaron al Parque la Independencia y mirando la calle donde se estacionaban los taxis de la Rápido Nacional, la Biblioteca Municipal, el Colegio Bolívar y las gradas del parque, sabían que ahí se concretarían las promesas que habían acordado.

El sonido de las campanas de la Catedral, anunciaron el día en que Carlos y su novia contrajeron matrimonio y el templo también fue testigo del bautizo y matrimonio de sus hijos.

Como se abren los pétalos de una flor

Con el devenir de los años se iba tejiendo sobre las laderas, una nueva ciudad que se abría como una flor cuyos pétalos había colocado al Colegio Bolívar al norte y al Colegio Vicente Fierro al sur.

Había llegado la modernidad y la ciudad se desarrollaba sin hacer caso a los gobiernos de dictadura, de izquierda, de derecha, de centro o revolucionarios, la vida en la ciudad siempre fue de lucha, de trabajo, de nunca doblegarse, de no implorar ni arrodillarse, de no bajar la frente, ni poner las manos para suplicar y entonces sucedieron los ¡Paros del transporte!, el ¡26 de mayo!, el ¡Con el Carchi no se juega!, el trabajo independiente, el coraje y la decisión de salir adelante.

El ocaso, los árboles deben morir de pie

Habían pasado algunos años, Carlos y su esposa eran el centro del núcleo familiar, pero la vida les había pasado factura, los hijos mayores les pedían que se dejen ayudar, pero el hombre estaba convencido que ¡él como los árboles del parque deben morir de pie!

FIN

EL CRISTO UNIFICADOR

—¡Padre! ¡Padre!, venga rápido, se van a pelear, ¡Padre!...

Gritaba el sacristán de la Basílica cuando veía cómo la turba con palos y piedras caminaba por la calle Bolívar, rumbo al Parque Ayora, buscando a los que se atrincheraban entre los jardines del parque, armados con cadenas.

El encuentro era inminente, en medio del tumulto se oían frases del grupo que arribaba “¡Fuera comunistas!”, “¡No a los enemigos de Dios!”, “¡Defendamos los valores cristianos!”, “¡Muerte a los herejes!”, “¡Vivan las tradiciones de este pueblo!”. Del otro lado se escuchaba “¡Abajo los curuchupas!”, “¡Muerte a los traga hostias!”, “¡En este barrio ningún godo!”, “¡Viva la juventud!”, “¡Viva el progreso y las ideas nuevas!”...

Entonces el cura párroco de la Basílica la Dolorosa salía a toda prisa y agitando sus brazos gritaba: —Por el amor de Dios, somos hermanos en Cristo, tranquilos hermanos.

A empellones separaba a los grupos que estaban en conflicto, pidiéndoles que discutan el problema de manera civilizada, pero la turba enceguecida no atendía a los ruegos del Padre.

Éste se movía al límite de su resistencia, mientras su sotana se abanicaba sin cesar. Dos enemigos que vociferaban, levantaron sus manos y en un golpe de puño impactaron los dos al mismo tiempo en las mejillas del padre que cayó al suelo, como en cámara lenta.

Quedaron en silencio, paralizados, hasta que algunas voces, desde los dos bandos, pidieron que atendiesen al Padre, al que todos reconocían como su amigo.

Un hombre dijo: —le hemos pegado al representante de Dios y eso es como haberle pegado a Dios mismo.

Esta frase retumbaba en la mente de los presentes y de a poco se fueron retirando del lugar en silencio y con la mirada al piso. En el lugar solo quedó el sacerdote que permanecía sentado en la calzada y el sacristán que lo sostenía de los hombros.

En el despacho parroquial, el cura permanecía sentado en silencio sin atinar qué hacer. En eso llamaron a la puerta discretamente.

—¿Quién es? —preguntó él.

Del otro lado respondió:

—Soy Alfredo y venimos a verlo —dijo.

—Pasa —le respondió el cura. Entonces Carlos abrió la puerta y lo vio con su cara amoratada y sus mejillas hinchadas y deformes.

Carlos no pudo evitar soltar una carcajada por el aspecto de su amigo.

—¿Qué le pasó? —le preguntó—, ¿entre cuántos lo agarraron?, parece que se encontró con una mata de puñetes —le decía a modo de broma.

—Déjate de reír y siéntense todos —dijo a los que habían ido a saber del incidente. Todos los hombres sonreían al ver al cura y las mujeres lamentaban con tristeza el aspecto del hombre.

—Se han perdido los valores —dijo una de ellas—, antes sí había respeto, pero ahora todo se ha dañado —sentenció— mientras con su mano derecha hacía la señal de la cruz. —Todo ha de ser culpa de los comunistas.

Enseguida otro respondió: —¡No! Es culpa de los curuchupas.

El cura se levantó como resorte y gritó:

—¡Silencio! Así empezó la trifulca allá afuera.

Retornó la calma a la oficina y el padre dijo: —Necesitamos hacer algo para pacificar al pueblo.

Una de las mujeres pensó en voz alta: —Lo que necesitamos es un milagro.

II

La Basílica La Dolorosa era una construcción moderna que avizoraba los nuevos tiempos del pueblo. Mostraba los primeros indicios de la modernidad en la que iba entrando la ciudad, ya se había derrocado el cuartel del parque Ayora y sus atalayas, la biblioteca municipal, la cárcel, el colegio Bolívar, y algunas casonas de la Plaza de la Independencia, acorde a la nueva tendencia de la ciudad de construir edificios modernos, como en otras ciudades del mundo.

El sacerdote de la parroquia notaba cómo a su templo asistían pocos feligreses, los más frecuentes eran los jóvenes que iban a la misa dominical de las nueve de la mañana y la animaban con música moderna. Era la primera vez en la iglesia que se escuchaba una batería y guitarras eléctricas, ubicadas en la parte izquierda del templo, entonando cantos que escandalizaban a los abuelos.

En cambio, las personas mayores asistían escasamente a la misa de las siete de la mañana y se apostaban en la parte derecha del templo. Esa disposición se volvió una costumbre, los jóvenes a la izquierda y los mayores a la derecha, como las tendencias políticas del pueblo.

Los conflictos llegaron a oídos del Obispo de la Diócesis. Él tenía unos cincuenta años, vestía una sotana finamente adornada, lucía un gran anillo de oro coronado con una piedra preciosa y, sentado en una butaca de madera tallada a la manera de un trono real, en tono grave, le preguntó sobre lo que pasaba en su parroquia. Él le dijo que la parroquia estaba dividida entre personas de izquierda y de derecha. El obispo le señaló terminantemente:

—¡Encuentre la solución al problema o usted tendrá que irse!

Salió el cura del nuevo palacio episcopal, mientras caminaba por la calle Sucre, rumbo a su parroquia, vio centenares de personas en procesión. Pensó que él no quería un templo milagrero, quería una iglesia viva, con personas reales. Al llegar a su iglesia, una señora mayor le pidió bendecir su rosario y él lo hizo sin complicarse en lo absoluto. Entonces pensó: “los jóvenes pueden aprender, pero a los viejos hay que respetar...”

El cura, sin mayor convencimiento, compró una imagen en San Antonio de Ibarra que creía uniría a sus feligreses, sería la única en su templo, ya que en el altar mayor estaba el cuadro de la Virgen Dolorosa, y no un Cristo como en los otros templos.

Esa noche había sido invitado a cenar en la casa de su amigo Alfredo a quien le contó de su idea y le pidió que sea él quien lo vaya a traer en su taxi. El hombre le respondió:

—Bueno yo lo traigo pero si el Cristo se sienta —todos rieron de buena gana.

Había llegado el día de traer la imagen. Alfredo limpió su hermoso automóvil verde con blanco, un Chevrolet 1954, que debía estar impecable para llevar a tan ilustre pasajero. Ya en el taller del artesano, para sorpresa de Alfredo, la figura con su cruz medía más de dos metros de alto. “Y ahora cómo transporto semejante palo”, pensó, entonces el artesano le dijo:

—Sujételo al baúl y póngale la cruz en las manos que a él “nada se le cae, ni nada se le escapa”.

Sujetó como pudo al Cristo con su cruz y emprendió el viaje hasta Tulcán. El camino empedrado e irregular hacía que la cruz se golpeará contra el piso de manera frecuente y violenta, pero nada se movía ni parecía estar fuera de lugar. Apenas había pasado por la población de Huaca, oyó que alguien golpeaba la puerta; un escalofrío recorrió su espalda, tragó saliva y armándose de valor preguntó:

—¿Quién es? —y sintió la presencia de alguien que se sentaba en la parte posterior de su vehículo. No podía ver nada a través del retrovisor y no tenía el valor de regresar a ver.

Una voz agradable le dijo:

—Tranquilo, solo quiero saber ¿qué trabajo debo hacer en tu ciudad?

—Debe unir al pueblo —dijo Alfredo—, la gente está dividida.

—Está bien —dijo la voz—, ¿y tú qué quieres? —le preguntó.

El hombre quedó en silencio. Seguía conduciendo y luego de unos minutos le confesó tímidamente:

—Mire, estoy enamorado “hasta la tripas” de una mujer coqueta, y me gustaría que me ayude a conquistarla.

Cuando acabó de decir aquello, se desvaneció la presencia del asiento trasero y pudo terminar el viaje hasta la Basílica. Alfredo, sin necesidad de ayuda, bajó la imagen del automóvil, la colocó en su lugar y vio que ni la imagen, ni la cruz, tenían abolladuras. Ése fue el primer milagro. Entonces recordó lo que le dijo el artesano: A este Cristo “nada se le cae, ni nada se le escapa”.

La sola llegada de la imagen que parecía mirar bondadosamente a todos, hacía que la gente vaya al templo a conocerla, parecía que a cada uno lo miraba de manera personal y muy particular. La presencia de los feligreses se incrementó, aunque se seguía manteniendo de la misma manera los jóvenes a la izquierda y los adultos a la derecha de la nave.

Pasó algo más de un año, Alfredo fue a visitar al Cristo, procurando estar a solas con la imagen, le preguntó:

—¿Me recuerdas?

—Claro que sí.

—¿Cómo estás?

Alfredo respondió:

—Estoy bien.

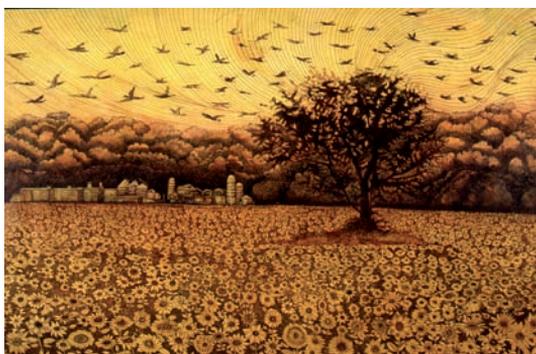
El Cristo aseveró:

—El pueblo está en paz, nadie se pelea.

—Pero la mujer de la que estoy enamorado no me corresponde —reclamó el joven.

—Es verdad —dijo el Cristo—, lo que pasa es que ella es una coqueta empedernida.

FIN



HISTORIAS DE VIDA

La dama y el fútbol

I

—¡Juanita!... ¡Juanita! —Se escuchaba claramente en el largo corredor.

El reloj que colgaba de la pared marcaba las cuatro de la tarde, la señora Victoria hacía sonar la campanilla con insistencia, requería la presencia de la joven empleada doméstica.

—¡Ven pronto! el Doctor está por llegar con los invitados y todo debe estar listo para recibirlos... — le decía mientras la miraba desde lo alto de la escalinata de la casa.

Sus ojos azules denotaban juventud que contradecía a las arrugas de su rostro, que delataban su edad y que acompañaban a su cuerpo alto, esbelto y de apariencia indiferente. Vestía terno gris, estilo sastre, falda recta, a la altura de las pantorrillas, chaqueta entallada que resaltaba su delgadez. Sobre su cuello un pañuelo de seda negra y su cabello, tinturado de color oro y perfectamente peinado, encerraba un cuadro de donaire y mucha clase de aquella dama.

Su manera de hablar pausada, y su timbre de voz sereno y dulce eran verdaderamente encantadores. Comandaba un ejército pero, en realidad, estaba compuesto solamente por Juanita, una joven moza, de contextura gruesa, de piel canela, cabello largo y lacio que resbalaba por su espalda; vestía siempre de uniforme blanco que contrastaba con el color negro de su cabello.

El “Doctor” al que se refería la señora Victoria con tanta ceremonia, era su esposo, José Antonio Salvador, con quien llevaba casi cincuenta años de casada. Él era un destacado abogado de conocida elocuencia. Tenía su bufete en un edificio cercano a su domicilio, donde, más que litigar en asuntos de su profesión, estaba dedicado a tiempo completo a la política, de la cual había devengado su forma de vida, regia, cómoda, sin preocupaciones de orden económico, ni falta de relaciones u oportunidades para él o su esposa. Sin embargo, su hogar no fue bendecido con la presencia de hijos.

La vida de Victoria, transcurría en función de los requerimientos de su esposo: primero fue su casa, luego su carrera política y finalmente se había convertido en la gran anfitriona de las múltiples reuniones sociales del doctor José Antonio Salvador, que por la frecuencia resultaban agotadoras.

Llegó su esposo en medio del barullo de un sinnúmero de gente, con quienes hablaba sin parar; tenía la capacidad de atender a todos al mismo tiempo, gesticulaba significativamente, mezclaba órdenes, risas, conceptos, críticas mordaces a sus enemigos políticos, dominaba el escenario, buscaba contactos con los influyentes, negociaba la participación en la vida pública y las adhesiones se sellaban con aportes significativos. Cuidaba mucho a sus socios y a sus intereses.

Cuando el doctor y su séquito, estuvieron instalados en la sala de la casa, Victoria permaneció de pie, junto

a la ventana, atenta a resolver cualquier imprevisto que pudiera perturbar la perfecta velada; parecía volverse invisible en medio de la gente y aparecía en el momento más adecuado.

En aquel salón se discutía vigorosamente la posibilidad de obtener la mayoría legislativa, tema de preocupación ante la posibilidad de tener como oposición a un grupo de longos que estaban ganando protagonismo en el escenario político a partir de la revuelta campesina que paralizó al país años atrás. Esto generaba gran molestia e indignación a todo el grupo, especialmente al Doctor, a quien le parecía inconcebible la presencia de esa gente en el poder, en los cargos de representación popular: ¿Qué sabía la chusma de instaurar procesos de fiscalización al poder ejecutivo?, ¿de representar a la patria en el exterior, o firmar convenios?, ¿De “prestigiar” las embajadas?, ¡A aghhhh, aghhh, ahhhh.....!!!

El calor en la habitación se hacía cada vez más intenso, el Doctor lo atribuyó a la exaltación de sus invitados y al burbujeante champagne que servía Juanita de forma incesante, las voces se fueron haciendo cada vez más lejanas y confusas. La sudoración en su frente ya no se podía disimular, las palpitaciones de su corazón se hicieron rápidas e irregulares y la presión en el pecho, fueron los signos inconfundibles de que había llegado su hora. Se desplomó ante la mirada incrédula de los presentes. En medio de la confusión, no se sabe quién llamó a la ambulancia. Mientras el vehículo se alejaba rápidamente, dejaba como única huella el ulular de las sirenas que se iban perdiendo en el espacio, junto a todos los sueños de poder de aquel hombre y sus partidarios.

Pasaron los minutos y la gente se fue alejando de la casa. Victoria, mientras tanto, permanecía en medio

del caótico salón sin reaccionar, el champagne derramado, las copas rotas y el ir y venir de la gente, acrecentaban su desconcierto. Juanita, al ver en ese estado a su ama, se le acercó con suavidad y le ofreció una taza de agüita para los nervios; intentó que la tomara, pero ella lo único que deseaba era correr al lado de su esposo, pues no podía concebir la vida sin él, vivía para él, señalaba el rumbo de su existencia, la había arrancado del seno de su hogar siendo apenas una niña, si apenas había finalizado sus estudios en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús de Tulcán, su ciudad natal y a su modo la había amado incondicionalmente.

El Doctor murió días después sin haber recobrado el conocimiento. Victoria no pudo despedirse de su esposo, permaneció junto a él sin articular palabra, ensimismada en sus recuerdos.

II

Victoria vestía de negro riguroso, sentada frente al ataúd de su esposo, con la mirada perdida en medio de una multitud de personas que no reconocía pero que le hablaban y la abrazaban mientras expresaba sus sentimientos de dolor, sin que alguien lograra consolarla en realidad.

Entrada la tarde, la lluvia constante acompañaba el cortejo fúnebre, Victoria le decía adiós al único hombre de su vida. Sintiendo que por sus mejillas resbalaban unas cuantas lágrimas, mientras una interminable fila de personajes ensayaban furibundos y emotivos discursos, donde resaltaban la figura del hombre, del político, del abogado, cuya muerte, que muchos calificaron de prematura, significaba una pérdida irreparable para la patria.

Terminado el sepelio, el sentimiento de dolor, desesperación y soledad fue mayor. Mucha gente se formaba fuera de la casa, quienes, a pretexto de expresar su sentimiento de pesar, le pedían explicaciones sobre situaciones de orden legal, reclamaban deudas y hasta maldecían al muerto.

Mientras pasaban los días y las necesidades apremiaban, Victoria descubrió que no había conocido al hombre con el que compartió la mayor parte su vida, su riqueza se esfumó, pues las deudas que su esposo había contraído para mantener su status eran mayores que su patrimonio.

Pocos días después, recibió la visita de un grupo de hombres de serio semblante quienes, sin darle oportunidad de preguntar, entraron abruptamente a la casa; uno de ellos, el más joven, peinado con gomina, de sonrisilla fingida y labios finos le dijo:

—Señora Victoria, mi nombre es Epifanio Almeida y represento a los socios de su difunto esposo. El motivo de esta visita es transparentar las cuentas de nuestra sociedad y aclarar la situación de cada uno de nosotros, incluyendo la suya...

La reunión duró varias horas, papeles salían como por arte de magia; los supuestos socios discutían acaloradamente, se proferían insultos y en la sala se sentía un calor sofocante, lo que creaba un ambiente muy cargado para Victoria. Ella, que apenas podía entender de lo que se trataba y fruto de su angustia, les pidió un poco de tiempo para ponerse al corriente de la situación.

Epifanio Almeida Narváez, famoso abogado, conocido por representar a grandes grupos de poder, de manera agresiva, le dijo que no había mucho que entender, que las cosas estaban claras y que ella tendría

que responder. Entonces todos se pusieron de pie y salieron de la sala lanzando maldiciones.

Aquella noche no pudo dormir, se sentó en la vieja mecedora donde su esposo solía echarse a leer el periódico local y, sosteniendo su rosario, rezó fervientemente, apelando a que su fe y devoción la ayudaran a encontrar una salida.

Toc, toc, toc...

Se oyó un golpe suave en la puerta, era Juanita. Se acercó a su patrona, cogió el peine que le había regalado su esposo en su primer aniversario y comenzó a cepillar su hermoso y largo cabello con cuidado y afecto.

Amaneció sin que Victoria hubiese podido descansar, entre las cortinas de su habitación se veían las nubes grises que cubrían el cielo aquella mañana. Sin importar el frío, se levantó decidida a encontrar algo de ayuda. Se sentó junto al teléfono envuelta en una manta que apenas la protegía del inmisericorde clima, marcó insistentemente sin respuesta, parecía como si, con la muerte de su esposo, hubieran desaparecido también los amigos. Así pasaron los días y nadie atendió su llamado, no podía entender cómo las personas que un día llenaron su casa con promesas y discursos de solidaridad, hoy le daban la espalda.

El plazo venció y Epifanio con el grupo de socios reapareció en la casa de Victoria, pero esta vez con otra actitud; señalaban a diferentes puntos de la casa, tocaban los objetos, los levantaban, hablaban de precios, de colocarlos en otro lugar. En fin... De pronto aquel hombre de risita fingida, sacó unos papeles doblados cuidadosamente de su chaqueta y se dirigió a ella en tono grave:

—Su esposo mantenía grandes deudas con nosotros que no han sido cubiertas, por lo que los bienes que

se encuentran en esta casa ya no le pertenecen. Usted tiene que abandonar la propiedad de manera inmediata y disponer solamente de sus efectos personales. Nosotros, en un gesto de solidaridad con usted, hemos dispuesto que se acomode en la oficina de su difunto marido, que por cierto es muy amplia y le servirá en lo que le reste de vida.

Lanzó despectivamente los papeles sobre la mesita de centro y dijo:

—Aquí están los documentos para que quede todo en regla, si no acepta nuestra propuesta usted sufrirá las consecuencias...

III

Victoria deambulaba por la casa, restándole valor a todo lo que veía; aquello que tan solo días atrás había significado su vida y su seguridad, se tornó vano e insignificante. Los baúles que había sacado de la bodega, en el patio trasero de la casa la noche anterior permanecían vacíos en medio del salón principal; el ambiente en aquel lugar era sombrío y triste, las largas cortinas de terciopelo rojo permanecían cerradas desde el día del sepelio del Doctor Juan Antonio Salvador y provocaban que los sentimientos de dolor y frustración se entremezclaran con el aire viciado del lugar, lo que hacía evidente que la muerte iba ganando terreno una vez más en aquella familia. Victoria se veía incapaz de tomar decisiones sobre sí misma y su futuro, sus ojos azules antes vivaces, se tornaban sombríos y perdidos en una mar de divagaciones que fueron interrumpidos por la compasiva voz de Juanita:

– Señora... ¿qué cosas desea que guarde en los baúles?

Se acercaba el día de la partida y Juanita recogió las cosas que a su parecer debían llevar a lo que sería su nuevo hogar: algunas mantas, ropa, un par de cosas de la cocina y utensilios de aseo personal propios y de su patrona. La madrugada previa al día de la partida, Victoria, quien había permanecido en la mecedora toda la noche se levantó lentamente y se dirigió al salón donde se encontraban los baúles y los fue llenando con papeles, libros, carpetas que parecía no haber abierto hace muchísimos años. Mientras recogía, se detuvo frente a la mesita de madera que tenía en la habitación principal y miró los retratos que en ella se encontraban: recuerdos de momentos felices que había compartido con su esposo, la foto de su matrimonio donde lucía radiante, vestida de blanco, y de los viajes que habían realizado juntos. Mientras miraba con nostalgia, como queriendo volver a esa época donde todo parecía perfecto, tomó las fotos en sus manos y las fue colocando en el baúl una a una, con esmero y cuidado, aquellos recuerdos eran lo único que para Victoria valía la pena conservar.

El trayecto fue corto, pronto llegaron al lugar donde Victoria y Juanita pasarían los próximos años. De la oficina, no quedaba nada, la habían saqueado por completo, unos cuantos papeles permanecían en fundas de basura, pero del esplendor que tenía aquel lugar días atrás, ya no quedaba nada.

IV

La oficina de su difunto esposo era grande, pero no estaba adecuada para ser vivienda, Juanita hizo lo que

pudo, la dividió en una sala, un pequeño comedor, dos habitaciones, una cocina y el baño. La mejor parte de la improvisada vivienda era la gran ventana por donde se podía observar la calle por la que todos los días transitaban muchas personas.

Con el pasar de los días la oficina se convirtió en un hogar. Juanita se había esforzado por darle a la Señora un espacio tranquilo y cómodo que la ayudara a superar lo que había vivido, aunque Victoria parecía no notarlo..., salía muy poco de su habitación y apenas comía.

El frío se acentuaba en la ciudad, aún dentro de las casas y edificios era difícil soportarlo; en la radio se sugería a la gente usar ropa abrigada y evitar estar fuera por largos periodos. Victoria mantenía la radio encendida todo el tiempo sin prestarle mayor atención, sin embargo, el frío era insoportable, se incorporó levemente y con voz apenas audible llamó a Juanita sin recibir respuesta, lo intentó una vez más, pero las cosas no cambiaron. Victoria pensó por un momento que tal vez estaría ocupada, pero en la casa no había mucho qué hacer o muchos lugares donde meterse. Al abrir la puerta de su habitación, notó más silencio del habitual, caminó a través de la sala y no halló señales de Juanita; por un instante sintió temor, la sensación de soledad y angustia la invadían, se apresuró a la puerta del dormitorio de la muchacha con la esperanza de encontrarla, golpeó apenas y la puerta se abrió. Juanita no estaba.

Juanita era una muchacha sencilla, se notaba en los detalles de su habitación: todo estaba ordenado y limpio, sin detalles importantes, solo algo, que destacaba por su originalidad, llamó su atención, pegados tras la puerta observó las figuras de hombres haciendo deporte. Habían sido recortados con esmero y pegados

con mucho cuidado. Victoria se quedó mirándolos por un rato sin poder conectar a Juanita con aquellas escenas. Después de tantos años juntas, Victoria supo que apenas conocía a su persona de confianza.

Salió de aquel lugar y cerró la puerta detrás de sí. Se escucharon ruidos en la puerta principal, era Juanita que llegaba del mercado, llevaba su cabello lacio peinado en una larga trenza, su acento delataba que no había nacido en la ciudad y su forma de ser alegraba la vida de Victoria, de vez en cuando le preparaba una que otra mezcla que según la muchacha curaban desde el espanto hasta el soroche o mal de altura. Victoria no lo entendía muy bien, pero disfrutaba de su compañía.

—¡Oh! ¡Se animó a levantarse Señora Victoria...! —exclamó Juanita con aquel cantar tan característico, como si todas las palabras tuvieran un acento en la mitad y muy leves decaimientos al inicio y al final. Victoria no pudo disimular una leve sonrisa, pero evitó responder. Bajó la mirada y se percató de un par de bolsas llenas de compras.

—¿De dónde salió eso? —Preguntó Victoria mientras señalaba las bolsas.

— Del mercado Señora —Afirmó.

—¡Ya lo sé! —exclamó Victoria, haciendo evidente lo obvio de la respuesta de Juanita.

— Me refiero a que, ¿de dónde sacaste el dinero para ir de compras?

— Era una “platica” que tenía de reserva señora, “para un por si acaso” y el por si acaso ya llegó a la nevera.

Victoria sonrió por primera vez en varios días, y ese gesto fue suficiente para Juanita, quien lo tomó como un signo de gratitud y de recuperación de su patrona.

La joven asintió con la cabeza y se volvió para ocuparse de sus cosas, pero Victoria le interrumpió:

–Permíteme hacerte una pregunta Juanita, ¿por qué hay recortes de futbolistas tras tu puerta?

– Si le molesta los quito, respondió la empleada.

–No, no, no se trata de eso –respondió Victoria–, es solo que me llamó la atención.

Juanita se sentó como si atendiera una invitación de una vieja amiga y comenzó a hablar, Victoria se sentó a su lado para escuchar.

–De *guambrita* me enamoré de un joven muy guapo que jugaba al fútbol. Él era el mejor de su equipo, en el barrio decían que pudo haber sido profesional, un día nos hicimos novios y breve breve nos casamos. Quisimos tener familia pronto, pero no me pude embarazar. Un día mi familia me dijo que le ofrezcamos algo a la Virgencita para tener hijos y nos fuimos de romería a la Gruta de La Paz: En el viaje sufrimos un accidente terrible –Juanita cerró los ojos y se quedó callada unos segundos.

–No se preocupe Juanita, no tiene que contármelo si no quiere –dijo Victoria algo incómoda, pues no había sido su intención revivir recuerdos dolorosos.

–No se preocupe Señora, estoy bien –respondió Juanita–, es que todos murieron ese día. Me tocó enterrar a mi papá, a mi mamá, mis hermanos y a mi marido. Me quedé sola en el mundo, no me volví a enamorar, solo me dediqué a trabajar, primero en algunas casas conocidas y finalmente con usted y el Doctorcito que en paz descance.

Un día mientras arreglaba mis cosas encontré viejos periódicos donde se veían jugadores entrenando y me recordaron mucho a mi esposo, por lo que los recor-

té y los pegué detrás de la puerta, para sentir que lo tengo cerca.

—Yo sé que ninguno es mi marido, pero de alguna manera representan lo que él era: un joven bueno, luchador y que me amaba. Por eso me gusta ver las fotos del fútbol, de los jugadores y de los equipos; oigo en la radio los partidos, la repetición de los goles; así mi vida es más llevadera.

Victoria escuchaba atentamente a la muchacha, extendió su mano y acarició la cabeza, con ternura.

—Perdóname Juanita —dijo Victoria— tantos años a mi lado y no sabía nada de ti.

V

Esa noche luego de la charla con su empleada, Victoria se sentía extrañamente liberada, los pensamientos obsesivos por su esposo y sobre su inesperada muerte no inundaban su cabeza. Esta vez pensaba en ella, en su vida, en sus logros y todo aquello que conoció gracias a quien amó; al mismo tiempo se sentía inquieta por aquello que no conocía o que no había experimentado en carne propia y que ahora le daban muchas ganas de sentir. Envuelta en su imaginación, Victoria durmió profundamente.

Amaneció rápidamente y los rayos del sol se reflejaban en la cama de Victoria, era domingo y no había mucho que hacer; ir a la iglesia tal vez. Los gritos en la calle la despertaron. Abrió los ojos y se levantó; asomó su cabeza por la ventana y vio que muchísimas personas pasaban vestidas de colores gritando “y dale y dale”. Victoria llamó a Juanita. La muchacha entró por la puerta con claro gesto de emoción y antes de que

Victoria manifestara su inquietud, Juanita se apresuró a explicarle lo que sucedía.

—Hoy se juega un clásico Señora—, es por eso que toda la gente esta tan alegre —explicó y se marchó.

Victoria se levantó de la cama y se apresuró a seguirla, notó que a la casa le faltaba orden y quizá unos cuantos detalles pero en ese instante solo quería saber en qué se hallaba su empleada, entonces vio a la muchacha encender un viejo radio y sintonizar una emisora donde un grupo de hombres hacían una crónica de algo que parecía importante.

Victoria apenas tenía noción de lo que era el juego. Su esposo nunca fue un gran fanático y por lo tanto ella tampoco, pero estaba empezando a sospechar que se había perdido de mucho, pues la emoción que derrochaban quienes lo narraban a través de la radio, hacía parecer que a más de uno se le iba a detener el corazón y más que una contienda deportiva se tratara de una batalla de dos ejércitos.

... —avanza, el jugador, recibe un pase, está solo ¡Solo!... ¡pateaaaaaaaaa Noooooooooooooooooo...!!!!

El corazón de Victoria empezó a latir de prisa. No entendía las reglas del juego y tenía una idea muy leve del mismo, pero en su cabeza las imágenes se iban dibujando una tras otra sin parar y la emoción del momento hizo que las quisiera plasmar de alguna manera sin importar si eran fieles o no a la realidad en la cancha.

Recordó que su madre le había inculcado el amor por la pintura y las artes, entonces miró sus manos, las notaba viejas, arrugadas, como que habían perdido la forma, se preguntó ¿podrán? Colocó algunas hojas blancas y viejos lápices de colores que encontró en el baúl y empezó a dibujar trazos, mientras las voces de

los relatores del partido se escuchaban a través de los parlantes.

Victoria miró los bocetos, y le parecieron hermosos, no se asemejaban mucho a los recortes que Juanita tenía tras su puerta, pero resultaban cautivantes, el movimiento de los trazos hacían que saltara y bailara el dibujo, los colores que empleó para darles vida salían del papel y parecían inundar la habitación de alegría. Victoria se sorprendió de que sus manos aún tuvieran la capacidad de crear belleza y de hacerla vivir a través del papel.

Pasaron los días y la situación económica empeoraba; habían reducido su alimentación a solo una ración y Victoria se sentía responsable por Juanita. Varias ideas se cruzaron por su cabeza, incluso llegó a pensar en regresar a su antigua casa y confrontar a Epifanio, luchar por algo de lo que había dejado dentro de aquel lugar y no marcharse hasta que alguien le ayudara. Pero la sola idea de volver a encontrarse con ese hombre le disgustaba.

VI

RIIIIIIIING, RIIIIIIIIING, RIIIIIIIIING

Sonó el teléfono y Victoria se sobresaltó, desde que vivían en aquel lugar ese aparato no había sonado ni una sola vez, ella no sabía si contestar o no, alzó la bocina y del otro lado se escuchó una voz femenina, chillona y algo destemplada que le dijo:

—Eres tú, ¿Victoria? te habla Petita, ¡qué bueno hablar contigo!, sabes, te hemos pensado mucho, hemos rezado tanto por ti... después de la muerte de tu esposo no quisimos molestarte, y luego como supimos que te

habías cambiado de casa, ya nadie nos dio tu teléfono, ni tu dirección, no hemos podido pasar a visitarte, pero qué bueno escucharte! –chillaba la voz del otro lado de la línea.

Victoria solo atinaba a pronunciar algunos vocablos, ya que aquella mujer estaba más ocupada en hablar que en escuchar.

Seguía diciendo:

–¿Cómo van las cosas?, supongo que bien, es que tú siempre fuiste tan fuerte, tan organizada, tan de tu casa y a más de que tu marido siempre te tuvo como a una reina y te debe haber dejado bien asegurada...

Victoria se sentía mareada, Petita no dejaba de hablar, hablar y hablar, ni siquiera se podía seguir el hilo de la conversación.

Cuando por fin hizo una pausa y parecía el momento del adiós, Petita sentenció: todas te extrañamos tanto querida, espero que no te moleste que cualquiera de estas tardes te hagamos una visita.

Victoria estaba atónita y lo único que alcanzó a pronunciar fue un seco “ajá”, luego de lo cual Petita se despidió.

Victoria, estaba desconcertada y dentro de su cabeza pedía que aquello de la visita no haya sido más que una simple cortesía, pues no quería que su vida se convirtiera en la comidilla de sus “amigas”, sobre todo en esos momentos de angustia económica, no era el mejor escenario para recibir invitados.

Por las noches, dedicaba un tiempo antes de dormir a dibujar, esa actividad le había devuelto la alegría y la distraía de todas las preocupaciones, a su manera plasmaba la alegría de los cánticos que se escuchaban los domingos.

El dinero se terminó, Victoria había pensado en lo que le diría a Juanita para agradecerle por todos los años de compañía y lealtad y animarla a encontrar otro lugar donde las condiciones fueran mejores que las que tenían que soportar en aquellos momentos.

Toc, toc, toc...

Alguien golpeaba la puerta con insistencia, Victoria escuchó cómo Juanita se apresuraba a responder, luego de mirar discretamente le dijo en voz baja, casi imperceptible:

—Son sus amigas Señora, ¿qué hacemos?

Antes de que pudiera contestar, se volvió a escuchar:

—¡Victoria! Somos nosotras déjanos pasar...!

Victoria pasó sus dedos entre su cabello intentando peinarlo y dio la orden a Juanita que las dejara pasar.

—¿Está segura Señora? —preguntó—, podemos fingir que no estamos...

—No podemos escondernos para siempre —dijo Victoria y volvió a ordenar a la muchacha que abriera la puerta.

Las mujeres se atropellaron por pasar a través del umbral y saludar a su amiga. La abrazaban y la tocaban, ella luchaba por zafarse de ese mar de manos que la ahogaba.

—Pasen por favor —les dijo, haciendo un ademán con la mano.

—Tomen asiento, insistió.

Las mujeres se sentaron en las sillas vetustas de aquel espacio, vestían de largo, de colores oscuros,

adornaban sus cuellos con mantillas, y el cabello tinturado, recogido a manera de copete.

Victoria escuchaba a Petita, mientras las demás guardaban silencio y la miraban con lástima. Sabía lo que pensaban y cómo la estarían criticando.

–Pero se te ve bien –aseguró Paquita –parece que superas rápidamente la muerte de tu difunto esposo –afirmó.

Victoria apenas podía responder monosílabos –Petita tenía una gran capacidad de hablar sin respirar.

Algunas de las amigas miraban con curiosidad lo que había en la habitación y comentaban con sarcasmo.

–Pero tu esposo era de posibilidades y sabemos que te dejó “muy bien”, por qué no lo muestras, una mujer de tu categoría...

Petita, que curioseaba lo que había en la mesa preguntó:

–¿De dónde sacaste esos dibujos tan bellos?

–Los dibujé yo –respondió Victoria.

–No sabíamos que eras tan talentosa –afirmó otra.

–¿Estás segura que son tuyos?

–¿No tendrás problema en regalarlos a tus amigas? –aseguró Petita mientras tomaba algunos–, después de todo, los haces tú misma...

Juanita que había estado atenta a la conversación interrumpió ese momento y dijo:

–¡Todos aquellos dibujos están vendidos!

–¿Vendidos? Cuestionaron las invitadas.

–Sí, respondió Juanita, a unos extranjeros que conocen de esas cosas.

–¿De verdad pudiste venderlos Victoria? Preguntó Petita mientras la miraba con asombro.

–Sí dijo Victoria, encogiendo levemente sus hombros.

–Y cuánto cuesta cada uno –preguntó otra invitada.

–Juanita lanzó una cifra sin pensarlo mucho, la misma cantidad de dinero que en ese momento necesitaban para cubrir sus gastos

–¿Cada uno? Eso es mucho dinero dijo Petita.

–No es para cualquiera, solo para personas que aprecian el arte –dijo Juanita inflando el pecho como si ella supiera mucho de esas cosas.

–¡Como yo! –afirmó una de las presentes–. Véndeme uno por favor.

–¡Y a mí también! gritó otra, de repente las mujeres habían adquirido todos los dibujos.

–Si los que compran son extranjeros, debe ser que valen mucho, escuchó Victoria, mientras las mujeres salían por la puerta.

Victoria se quedó detrás de la puerta con el dinero en la mano sin decir ni una sola palabra, miró a Juanita y se acercó a ella para abrazarla.

–Pero ¿de dónde sacaste esas historias de los extranjeros? –preguntó a la joven– yo no sé si he hecho bien en vender los dibujos...

–Hizo muy bien Señora, afirmó Juanita.

Los días siguientes transcurrían entre relatos de fútbol, muchas hojas de papel, y colores nuevos, producto de la primera venta, la tranquilidad de no pasar

apuros económicos, y la compañía de Juanita que la apoyaba en todo lo que Victoria quería emprender y la mantenía al corriente del campeonato.

VII

La fama de los dibujos de Victoria y de los extranjeros había corrido como pólvora y todos los días iban llegando interesados y curiosos en los dibujos de la viuda que se fueron haciendo más complejos y hermosos y que despertaban mucho entusiasmo entre las personas. La inspiración llegaba de los técnicos, de las estrategias, del 4-4-2, del 3-5-2, del 4-5-1, de los contra-golpes, del juego de local, del juego de visitante, de los goles, en fin, de lo mucho que escuchaba, pero que en verdad entendía muy poco, o quizá nada...

Victoria notaba el cambio en su vida, no solo porque ahora el mercado se hacía en abundancia, sino en ella misma, a través de los dibujos y el fútbol fue descubriendo más de sí, atrás fueron quedando los vestidos de colores oscuros y de corte recto, su peinado ya no conservaba la misma rigidez de años atrás, incluso parecía más joven y es que la sonrisa en su rostro se había vuelto algo cotidiano y hermoso.

Algunos días salían a pasear buscando cosas para la casa, telas con diferentes texturas y estampados, muebles, flores, todo lo que ayudara a mantener la alegría del lugar, por supuesto no cambiaron el radio ni compraron nunca un televisor, Victoria estaba convencida que el éxito de sus dibujos estaba en lo que ella creía del fútbol, toda la magia de sus obras brotaba de la imaginación inocente que jamás pisaría un estadio de fútbol.

VIII

Cuando Victoria cumplía los setenta años, su nombre y su trabajo habían adquirido fama y reconocimiento y en su honor se organizó un homenaje en la galería más prestigiosa de la ciudad, a la que estaban invitados personajes de la pintura del deporte, de la política y sus amistades.

Al homenaje asistió acompañada de Juanita, el evento central de la noche se realizó en el gran salón de la ciudad, las dos mujeres estaban sentadas en la mesa principal atentas a las palabras de quienes esa noche homenajeaban a Victoria.

—A nombre del Gobierno Nacional y de todos los ecuatorianos, reciba estimada señora este merecido reconocimiento a su arte —dijo el maestro de ceremonias, mientras los asistentes se ponían de pie para aplaudirle—. Victoria lo aceptó sin palabras pero sí con una gran sonrisa. En la placa dorada se podía leer “La Dama y el Fútbol”.

FIN

A LAS PUERTAS DEL OCASO

50 K Volcán Chiles–Maldonado

Prólogo

Cruzaba la barrera de los cincuenta años y, sin motivo aparente, había comenzado a pensar en la muerte: por las noches tenía dificultades en conciliar el sueño y durante las horas de insomnio lo atormentaban sus propios pensamientos, pensaba en sus logros, pero sobre todo en sus frustraciones.

Era un amante de la música de Serrat, Cortez, Cabral, Piero y tantos otros, y para él sus versos tenían más fuerza que nunca. “Caminante no hay camino...”, “Cuando un amigo se va...”, “Dios me trajo aquí esta noche y Dios me habrá de llevar...”, “Somos de una vida corta...”.

Había llegado la crisis de la mediana edad, de la que él creía estar exento.

Todo parecía estar en orden, tenía definidos los objetivos por cumplir, los mismos que compartía con su compañera en lo que él consideraba necesario para vivir, era un hombre que mantenía los impulsos fervorosos de la juventud; sus hijos habían crecido en muchos aspectos, de tal manera que cuando alzaba la mirada los descubría como luchadores de sus propias sendas.

Su mascota, un pastor alemán de mirada tierna, había robado su corazón y algunas horas de sueño. Cultivaba árboles frutales que le recordaban la pausa con la que se debe entender la vida y que eran un mensaje de belleza y de paciencia.

En fin, parecía el escenario de una vida perfecta, solo había que vivir, disfrutar de un nuevo día y despedir con aire melancólico a la jornada que moría.

Todo comenzó cuando se paró de frente al espejo y notó que su aspecto exteriorizaba rasgos que no había antes; entonces, esta rutina diaria pasó a ser inquietante: a escondidas fue a buscar el álbum de fotografías y el resultado fue contundente, en su rostro se podían ver con claridad las huellas del tiempo manifiestas en los profundos surcos de la frente y en los escasos mechones de cabello color plata que caían por su frente.

Su primer impulso fue la negación de todo, le daban ganas de gritar que aún era un hombre joven, de vestirse como en los años mozos y declarar que todas las evidencias eran circunstanciales, que se podían borrar con cremas, mascarillas, o simplemente desaparecerían con solo cerrar los ojos.

El segundo impulso fue mirar atrás y disfrutar de la vida que se alineaba en el pasado y que tenía para él un buen sabor en la boca, porque sus vivencias habían sido intensas, de esfuerzo, de pérdidas, de logros, de risa, de llanto y de serenidad.

El tercer impulso fue el de mirar adelante y preguntarse: ¿cómo podría perfilar la vida en el futuro? ¿Cómo hacer para que los días que vinieran, fuesen gratificantes y atrayentes?

Los días previos

La tarde, poco antes del anochecer, estaba encantadora, el cielo se pintaba de color rojo y anaranjado

intenso, la montaña posaba presumida al saber que muchos la admiraban y en poquísimos minutos el día se disponía a morir, pleno de orgullo.

Ésa era la clave, entonces había que dejar partir al día y dar la bienvenida a la noche, sin reproches por lo que no se había hecho por falta de reparo, o por haber dado prioridad a la rutina, o simplemente por haber perdido la capacidad de hacerlo.

Las evidencias lo habían ubicado a las puertas del ocaso, pensó en el gran sueño que aún no había realizado y que todavía podía cumplir, porque solo dependía de sí mismo.

Correr los 50 kilómetros que separan dos de los lugares de mayor significación en su vida, desde el páramo del Azuay, en el volcán Chiles, hasta la población de Maldonado, teniendo como testigos a su esposa, sus hijos y a un entrañable amigo.

Las horas previas

La noche previa a su última aventura, la pasó en compañía de sus amigos. Anécdotas y recuerdos. Cerca de la media noche fue a descansar y, como lo hacía desde hace tantos años, se apoyó en el regazo de su compañera, quien le proporcionaba la paz que necesitaba y adormecía todas sus preocupaciones.

Abrió los ojos un par de segundos antes de que suene el despertador. Por su cabeza cruzó la duda respecto a la cordura de emprender este viaje, pero la decisión estaba tomada y debía hacerle frente.

Minutos antes de la hora acordada, su amigo Medardo estaba preparando el vehículo que los llevaría al sitio de partida, que dista alrededor de cuarenta y cinco kilómetros del pueblo donde habían pasado la noche. Su hijo conducía en silencio, su hija preparaba la

cámara fotográfica, su esposa se mantenía callada y él intentaba iniciar una conversación con su entrañable amigo.

El cielo estaba despejado y la montaña, punto de partida de la travesía, se regalaba esplendorosa. A medida que ascendían, los frailejones hacían su trabajo de soldados vigilantes de los páramos y del agua, la cima de la montaña se asomaba tras las rocas que la circundaban a manera de un manto profundamente negro.

La partida

Descendió del vehículo en el lugar acordado, a 4200 metros sobre el nivel del mar; la temperatura se aproximaba a los cero grados, corría un viento gélido en medio del silbido agudo y permanente del viento. Apenas pudo realizar algún estiramiento de los músculos para quitarse la sensación de entumecimiento. Cuando el reloj indicaba que eran las siete horas con veinte minutos, se despojó de la chompa térmica, trajo a su mente la mirada tierna de la Virgen Dolorosa, y comenzó a correr.

La aventura había comenzado.

Los primeros pasos fueron difíciles, la piedra quebrada y suelta que cubría el camino dificultaba su paso, debía adaptar su cuerpo a la altura y a lo agreste del sitio, el ritmo de su corazón debía acoplarse a las condiciones de aquel lugar y debía hacerlo rápidamente, el frío mordía su rostro y sus manos, el viento, que parecía empeñado en luchar en su contra, lo empujaba hacia atrás y lo golpeaba de costado. Apenas había recorrido un par de kilómetros, cuando cayó al suelo y la sangre comenzó a brotar de su rodilla derecha.

Desde el vehículo su hijo vio el percance, no había tiempo para la duda, se levantó de inmediato, sentía

cómo las pequeñas piedras taladraban sus manos congeladas, la rodilla le dolía intensamente, pero no cabía el lamento, el dolor o el fastidio; reinició inmediatamente la carrera, su hijo, preocupado, le preguntó sobre su estado y si podía continuar o quería renunciar; él le sonrió con algo de picardía y siguió adelante.

Había recorrido ya quince kilómetros de páramo y a la altura de las “Herraduras”, se fueron perdiendo los frailejones para dar paso a una vegetación generosa de arbustos y orquídeas, la temperatura era más cómoda, de frente estaba el monte llamado “Pan de Azúcar”, un gracioso cerro que se deja desnudar a medida que se viaja por una especie de un largo serpentín, que finaliza en las bases mismas de la montaña.

El camino dibuja fielmente las estribaciones de la cordillera, a través curvas sinuosas que dejan de paso a sitios perdidos, como la “Palma” o “El Laurel”, desde donde, luego de descender una distancia de veinte y cinco kilómetros, inicia un ascenso de un poco más de tres kilómetros. Las piernas se habían resentido y afloraron los calambres. Su amigo Medardo realizó su tarea con serenidad, sacó de uno de sus bolsillos una pomada “milagrosa” y frotó sus piernas en un masaje doloroso pero eficaz, inmediatamente sintió que podía continuar. Su esposa lo miraba con preocupación y buscaba en su mirada un atisbo de derrota, pero él la acarició con toda la picardía que fue capaz y siguió adelante, había alcanzado el kilómetro treinta.

Cuando asomó en el horizonte el pequeño poblado de “Malchinguí”, desde donde es posible ver por un costado el cañón profundo de la serranía, que muere lentamente a la distancia, y por el otro lado el esquivo “Golondrinas”, monte misterioso de tres cumbres que rara vez deja ver su rostro. Este escenario le hizo olvi-

dar el cansancio hasta entrar al valle que lo llevaría al final de su destino.

Cerca de arribar a “Puente Palo”, la inclinación de la pendiente extrema afectaba los músculos de sus piernas, el dolor a momentos era insoportable, el recorrido entre los treinta y cuarenta kilómetros se había hecho eterno, no podía pensar con coherencia, perdió el sentido de la distancia. Sus acompañantes tenían preocupación por su estado, pero ninguno le sugirió retirarse, no lo habría permitido, en aquel momento de la carrera las distancias parecían insoportablemente largas.

Casi a punto de desfallecer vio, al final de la curva, el pequeño punto poblado que tanto había esperado, “Maldonado”, para la meta solo faltaban diez kilómetros.

Cuando superó la distancia de cuarenta y dos kilómetros de la maratón, aquella de Filipo en la antigua Grecia hace más de dos mil doscientos años, un sentimiento de orgullo lo invadió y sintió que la energía le volvía a raudales cuando escuchó el canto del río “Plata”, increíblemente azul, en medio del manto verde.

Faltaban tres kilómetros, cuando cruzó el puente, el destacamento militar y, por fin, la entrada al pueblo, la calle adoquinada, el parque, la iglesia y, a pocos pasos, los reclinatorios frente a la imagen de la “Virgen Dolorosa”. Inclino su cabeza y le dio gracias por la oportunidad de entrar al otoño de su vida de esa manera inolvidable. Los siguientes pensamientos fueron para su compañera y para sus hijos.

Epílogo

En el parque del pueblo hacía calor, un vaso de cerveza fría refrescaba su jornada, admiraba a sus hijos, fuertes, capaces, confiados y profundamente amados,

miraba a la compañera de su vida, maravillosa como siempre, aun con la preocupación profunda en el fondo de sus ojos, lo que le hacía amarla cada vez con más intensidad.

Luego, la piscina de agua helada, una tajada de piña, el sol sobre la piel, una conversación fluida, las anécdotas, mientras disponía la mente para los retos, que con seguridad le regalaría la vida.

FIN

SIMÓN

Salió el veterinario de la casa, sin pronunciar palabra. Mientras yo salía con él, dejé a mi esposo junto a Simón, en el porche...

La llegada

Estaba trabajando en el estudio de la casa cuando llegaron mis hijos cargando una pequeña criatura de color oscuro; interrumpieron en la habitación gritando: “Mira mami que precioso, es un macho de pastor alemán, nos lo acaban de regalar, es nuestro”. Me quedé de una sola pieza, no teníamos en nuestros planes adoptar un perro. Mi esposo alzó la mirada y preguntó: “¿Y quién lo va a cuidar?”.

Los muchachos aseguraban que ellos lo alimentarían, limpiarían sus desechos, que lo bañarían, que lo pasearían...

El había dispuesto que el pequeño durmiera afuera de la casa. Por las noches la criatura lloraba hasta quedar dormido y apenas comenzaba a clarear, empezaba otra vez con los lamentos. Yo lo alimentaba tres veces al día y el cachorro crecía rápidamente.

Se había convertido en un perro maravilloso, nunca estaba quieto, brincaba constantemente con ritmo ligero y gracioso y ya mostraba preferencia por mi esposo a quien esperaba en la entrada de casa con una pelota entre sus dientes para invitarlo a jugar, entonces eran

dos niños que se lanzaban la pelota una y otra vez y el juego no siempre terminaba bien, porque el cachorro clavaba sus afilados colmillos de leche en sus brazos hasta hacerlos sangrar.

Yo pensaba que la llegada de la mascota había sido un gran error, pero mi esposo soportaba las travesuras del pequeño con alegría y buen humor; claro, seguía durmiendo afuera de la casa; en las madrugadas raspaba con insistencia las puertas pidiendo, a su manera, ser parte del núcleo familiar.

Una noche llegó la lluvia, no en pequeñas gotas sino a raudales, hacía frío, el lugar donde dormía el cachorro se había inundado y Simón estaba empapado. Mi esposo lo miraba desde la ventana y la escena era más de lo que su corazón podía soportar, entonces abrió la puerta y le dijo: “pasa” el perrito entró a la casa de donde ya nunca más saldría.

La mañana

La tarde había caído sobre la ciudad y regresábamos a casa. Simón nos dio la bienvenida llevando en su hocico el pequeño arbusto de arrayán que habíamos plantado apenas unos días atrás y la desilusión fue mayor al ver que nuestra querida huerta había sucumbido ante el ímpetu de sus patas que arrancaban de raíz las tiernas matas de haba, de maíz y de papa de las que tanto habíamos presumido a la vecindad.

“Las cosas se simplifican cuando llegas a comprenderlas”, masculló entre dientes mi esposo, y mirándolo fijamente a los ojos le dijo: —¡Vamos a correr! Desde ese instante estas tres palabras serían las que escucharíamos las mañanas de todos los fines de semana por muchos años. A partir aquel momento no volvió a causar daños en la casa nunca más.

Simón crecía rápidamente y mientras lo hacía, sus orejas adoptaban diferentes posiciones, para atrás, cruzadas en forma de lazo hacia adelante, hasta que un día amaneció con las orejas paradas, mientras todos celebrábamos tal acontecimiento, las dejó caer y así con sus enormes orejas quebradas que se movían de acuerdo a su estado de ánimo se quedó.

En cada salida las distancias aumentaban más, los ocho kilómetros hasta el Capote lo habían agotado, su corazón palpitaba con fuerza, por un momento temíamos que no se fuera a recuperar, luego de un descanso y agua abundante volvió a la normalidad.

Salir de casa a cubrir largas distancias se convirtió en una rutina que Simón esperaba con ansia, cuando se lo invitaba a correr saltaba de emoción y cada vez que volvía lo hacía mejor. Los fines de semana entraba al dormitorio, se acercaba al lugar donde dormía mi esposo y le daba un par de lengüetazos para despertarlo, esperaba que se levante y si no lo hacía con prontitud, lo mordía hasta sacarlo de la cama, entonces él se preparaba con su atuendo deportivo mientras Simón acostado lo miraba fijamente hasta que le decía: —¡Vamos a correr!

Entonces se volvía un tropel que arrollaba todo a su paso. Ya entrada la tarde regresaban cansados y felices a compartirme sus increíbles aventuras.

La vida de casa tenía su propia dinámica y aunque resultaba triste, había que reconocer que los hijos crecen y no son muy fieles al hogar, entonces la amistad con su mascota ayudó a aliviar esta tensa situación, donde Simón se convirtió en el único compañero de aventuras regalándole una segunda juventud y ganas de vivir.

Lo que más le gustaba a mi esposo es que ante la orden de ¡busca! Simón partía al lugar indicado y re-

gresaba cuando el sitio no era seguro o lo esperaba y le movía la cabeza cuando sí era posible seguir para descubrir lugares como: Las Cuatro Esquinas, La Planta de la Luz, El Puetate, El Martínez, Las Canoas, Los Tres Chorros, El Pijaro, La Joya, La Loma De Taques, La Rinconada, la Loma Ponce, La Ensellada, el campo de aviación, Chapuel, Chapués, El Carrisal, las Peñas, el Guagua Negro, el Jetapal. Tufiño, las Aguas Hediondas, Urbina y tantos otros lugares.

La tarde

Una mañana de sábado el sol ya alumbraba todos los rincones de la casa y lo habitual era que, a esa hora, ya hubieran empezado su rutina, pero estaba en cama, despierto, regresé a ver al lugar donde dormía Simón y también estaba recostado, con los ojos abiertos. Entonces les pregunté: ¿Esta mañana no van a correr? y como si lo hubiesen planeado, se levantaron pausadamente, salieron de casa y como si todo hubiera sido previsto, se fueron caminando juntos, sin prisa, sin correr. Luego de un corto espacio de tiempo, menos de lo que tenían acostumbrado, regresaron y bebieron la misma cantidad de agua, como si hubiesen hecho una correría habitual. Entonces los quedé mirando y me percaté que había pasado el tiempo, mi esposo con el cabello blanco, escaso, enjuto, había perdido la gallardía de la juventud, Simón, con las barbas blancas, se podían ver sus huesos marcados sobre la piel y sus ojos sin brillo.

Las correrías iban disminuyendo, levantarse en las madrugadas les costaba más, caminaban espacios cortos y sin embargo se cansaban igual, como viejos amigos, se sentaban a contemplar la montaña en silencio. Un suspiro... otro silencio...

El veterinario acudió a casa y después de examinar a Simón, dijo “es un perro viejo, ha vivido muchos años

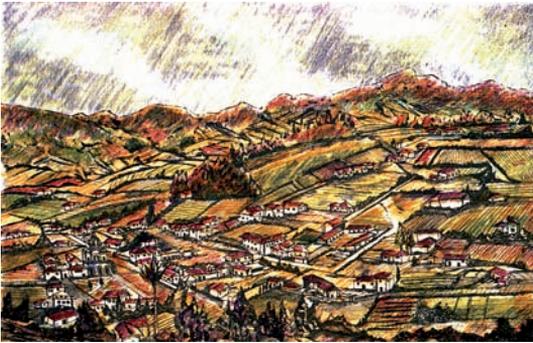
y está cerca del fin”. Sentí un dolor corto y agudo, difícil de asimilar porque no era que solo Simón había envejecido, sino mi compañero también.

La noche

Empezaba a anochecer y la vida de Simón se estaba extinguiendo, entonces mi esposo se inclinó y lo abrazó con ternura y le dijo “¡Busca Simón, busca!”, el animal miró hacia la montaña que estaba al frente y cerró los ojos.

Los meses pasaron lentamente y lo más duro de soportar era el vacío que dejó la partida de su amigo. A partir de aquel momento fue perdiendo facultades, y repetidamente decía: “¡Simón no regresa!” Hasta que una tarde, estando sentado frente a la ventana, dijo con excitación: “¡Ahí está el Simón y mueve la cabeza, quiere que lo siga!”, cerró los ojos y fue al encuentro de su amigo.

FIN



HISTORIAS DE AMOR

ARCO IRIS

La casa lucía extrañamente vacía, entonces la vi, estaba arreglando las flores del jardín, lo hacía en silencio, nos encontramos con la mirada y nos fundimos con un abrazo en un solo cuerpo, mientras a lo lejos el sol le robaba a la lluvia un espacio para colocar el arco iris.

Ella

Para él, su presencia iba tomando la condición de lo imprescindible; a su manera, iba impregnando una huella en su mente, en sus sentidos, y sobre todo en su corazón.

Por eso quería verla aquella tarde, en la mañana y en cada amanecer, ya no podía concebir la vida sin ella, quería estar a su lado de manera permanente. Pero, cómo pedírselo, cómo crear el mejor escenario para enmarcar ese momento tan importante en sus vidas...

Ahí estaba ella, de figura menuda y graciosa, sus ojos redondos, inquietos y vivaces, su cabello ensortijado, impregnaba un halo delicioso a su delicada estampa. Traía un vestido que dibujaba coquetamente su figura, en sus manos pequeñas llevaba una chaqueta abrigada. Un par de zapatos que siempre hacían juego complementaba su vestuario; lucía elegante e impecablemente bella.

Él

Creció sin la protección de su padre, a los ocho años, la muerte se lo había arrebatado. Esa carencia afectiva había forjado un carácter independiente y decidido a la hora de asumir los retos que le imponía la vida.

El escenario...

Mientras se acercaba, sonreía; él ya sabía que debían enlazar sus historias en el tiempo y el espacio de manera armónica, confiada, total.

La invitó a caminar sin rumbo fijo, poco a poco se fueron alejando de la casa, buscaban estar a solas, él esperaba la oportunidad para confesarle aquello que colmaba su mente y su corazón.

Hacía frío, el cielo estaba encapotado y las nubes tenían un color gris oscuro que presagiaba una inminente lluvia.

Caminaban bordeando un bosque de eucaliptos y al salir, junto a la curva desde donde se divisaba el pueblo, ahí estaba el escenario perfecto, un arco de luz y color, y ellos en el medio.

Su mente trabajaba de prisa para buscar las palabras perfectas, se podía sentir el latido de su corazón. La tomó de las manos y le dijo: “¡cuándo se pide un deseo al arco iris, éste se cumple irremediamente!” Ella lo miró de manera que traspasaba sus sentidos, permanecía callada. Entonces él le preguntó: “¿se casaría conmigo?”

Ella siguió en silencio unos cuantos segundos que parecieron eternos, entonces alzó la mirada y con serenidad dijo: “Y tendremos dos hijos, primero una niña y luego un varón —añadió entonces—. Crucemos el arco iris para que se cumpla”.

Agarrados de la mano cruzaron el túnel luminoso, mientras hacían planes, reían y saltaban por las charcas que había dejado la lluvia... Cuando regresaron a ver, el túnel había desaparecido, entonces tuvieron la certeza de que sus deseos se cumplirían.

FIN

LA FANESCA

—Enita, el arbusto de hierba buena está perfecto, se ve saludable y fresco, va a estar listo y a tiempo para la fanesca, verá que la fecha ya está cerca.

—No te preocupes Gustavo, estoy pendiente. Nunca durante todos los años que estamos casados me ha faltado tiempo, la fanesca siempre ha estado lista.

Solía decir: —verá Enita que en el mercado los precios suben, desde hoy voy a empezar a hacer las compras.

Esa era la letanía de todos los años. Para él, la fanesca era el acontecimiento que esperaba con mayor ilusión.

Iba al mercado, hacía las compras, volvía a casa y siempre estaba tras de su esposa preguntando:

—¿Cree que falta algo?

—Pero hombre, si vas comprando “pite-pite”, ya perdí la cuenta de lo que tenemos, déjame ver.

Los días anteriores a la fanesca, para Gustavo, significaban la alegría, las compras, los preparativos.

Cuando faltaban tres días, él comenzaba el ayuno, solo ingería unos cuantos sorbos de agua al día. Como si se tratase de un rito sagrado, se dirigía al cajón de la peinadora del dormitorio, abría una pequeña caja de cartón y sacaba una prótesis dental, “las muelas de la fanesca”.

Cogía pacientemente sus muelas postizas, las cepillaba minuciosamente y luego las ponía en un vaso con agua y ahí las dejaba todo el día. Esta operación la repetía durante los días previos a la fanesca.

Enita comenzaba la preparación del plato con dos días de adelanto. Todo era manual, remojar los granos duros, desaguar el chocho, desgranar los choclos, pelar y cocinar los granos; era una labor intensa, de mucha paciencia. Gustavo siempre estaba listo y diligente para atender el mínimo requerimiento de su esposa.

Cuando por fin llegaba el jueves Santo, el día de la fanesca, era una fiesta en todo su esplendor. Gustavo madrugaba, pues la casa tenía que estar hecha un anís, decía, reluciente y ordenada, lista para esa celebración. Luego de ayudar en el aseo, entraba a la ducha y se le oía silbar una melodía con la que podía pasar horas y horas. Vestía una camisa perfecta, hacía meticulosamente el nudo de la corbata y retocaba su peinado frente al espejo. Sacaba sus muelas del agua y les daba la última repasada con el cepillo. Iba donde Enita y por millonésima vez preguntaba: “¿está todo listo, cree que debo comprar algo?” Ella lo miraba con ternura, como se mira a un niño, con su mano acariciaba su cara y le decía: “No Gustavo, todo está perfecto, es hora de cosechar la hierba buena, vaya al patio y traiga la porción que usted ya sabe”.

Él iba al huerto y cortaba las ramas de la planta aromática. Luego, sobre la lavandería, lavaba hoja por hoja y llevaba el fragante racimo a la cocina. A medida que iba avanzando la mañana, el olor de la fanesca era cada vez más sugestivo y eso llenaba de gozo a aquel hombre de piel morena, de contextura gruesa, de pelo lacio, escaso, con un par de entradas en la frente.

Enita se esmeraba en la preparación. A ella le gustaba la cocina, el abrir y cerrar puertas de su alacena, destapar y tapar los frascos, levantar y colocar la tapa

de la gran olla. Formando una sinfonía armoniosa que salía de aquel laboratorio culinario.

Cerca del medio día, Gustavo se acicalaba detalladamente, se colocaba su chaqueta, revisaba su peinado y sus zapatos relucían. Luego agarraba con cuidado sus muelas y las introducía en la boca. Estaba listo.

Entonces, salía de prisa a visitar la iglesia, se paraba muy derecho y quieto, más que orar, parecía que oía muy atento las palabras que la Madre Dolorosa parecía tener solo para él, luego de unos breves minutos regresaba a casa, sonriente y pletórico.

Mientras Enita y sus hijos preparaban la mesa, los platos, copas, vasos y cubiertos que se desplegaban sobre el mantel blanco, tejido por ella, que solo se tendía para aquel momento memorable.

“Todos a la mesa”, decía Enita. Para Gustavo, ése era el gran momento. Él presidía la mesa, su esposa se sentaba a la derecha y alrededor sus hijos. Bendecía la comida y empezaba el banquete.

La porción de Gustavo era una bandeja de aroma exquisito, llena de colorido por los adornos que las manos de su esposa creaban exclusivamente para él. El plato de fanesca se repetía en la noche, en el almuerzo y merienda del viernes y sábado santos.

El Domingo de Gloria, muy por la mañana, se levantaba y se quitaba sus muelas postizas, las lavaba con cuidado y las secaba, las colocaba en la cajita de cartón y las guardaba en el cajón de la peinadora, como siempre.

Sin embargo, ésa fue la última ocasión pues, meses después, Gustavo cayó gravemente enfermo. Tenía un intenso y persistente dolor de estómago. Acompañado de su esposa, buscó ayuda médica, pero el diagnóstico

fue definitivo, tenía un cáncer terminal al estómago. Ya no había nada que hacer. Todavía consciente pidió hablar a solas con Enita, estuvieron hablando por largo tiempo y ella salió de la habitación realmente trastornada, era como si una enorme carga pesara sobre sus hombros.

En las siguientes horas, la situación empeoró. Gustavo perdió el conocimiento y finalmente murió.

El dolor de Enita era indescriptible, había muerto su compañero de casi toda la vida. Él la arrancó del hogar de sus padres siendo casi una niña para poner en manos de ella su propia vida, y ahora ya no estaba. Mientras se preparaba el cuerpo de Gustavo para colocarlo en el ataúd, ella sacó de su mano el anillo de matrimonio y lo guardó.

Pasaron los años y cada noche es posible verla acercarse a la peinadora, sacar la cajita de cartón, empuñar en sus manos el aro de compromiso e iniciar sus oraciones, dispuesta a levantarse al día siguiente con la fuerza necesaria que le dan sus hermosos recuerdos para terminar con la misión que con Gustavo no pudieron concluir.

FIN

MADRE

*Un homenaje a las madres,
y su increíble capacidad de amar.*

Le dolía verla de aquella manera, recostada sobre la cama del hospital, dormida. Su respiración no era tranquila pero aún así su semblante irradiaba completa paz. No era natural verla de esta manera, pequeña, frágil, con un semblante pálido, su rostro de niña y su cabello ensortijado, totalmente teñido de plata. Ahora en el dorado sendero del ocaso, la vida le iba quitando a su madre poco a poco la vitalidad y la fuerza.

Se sentía impotente por no poder llevarle alivio. Abrió las cortinas, para que entrara a plenitud la luz del sol. “A ella le gustaba así”, pensó. Se arrimó a la ventana, sin mirar nada en especial, sin embargo observó cómo un grupo de muchachos con uniforme deportivo de colegio, con los rostros encendidos por el sol, alegremente luchaban por ganarle la batalla a la distancia, en la competencia deportiva que se desarrollaba por las calles de la ciudad.

Inmediatamente su mente lo trasladó a los tiempos donde él daba sus primeros pasos en el colegio. Había cumplido doce años, cuando llegó el terrible día en que todo el alumnado participaría en una competencia pedestre con motivo de las fiestas patronales de su ins-

titución; aquel día debían cubrir una distancia de seis kilómetros, y aquello le parecía enorme e imposible de lograr.

Todos los chicos se formaron en la calle. Sonó el pito y empezó la carrera. En su rostro se podía mirar el fastidio que le ocasionaba aquella prueba; de todas maneras, haciendo su mejor esfuerzo, llegó al final y se sintió feliz. Por fin había acabado aquella pesadilla, que le descompuso el estómago mientras corría, pero que desapareció inmediatamente al llegar a la meta.

Esperaba ver a su madre, en el sitio de arriba, así habían acordado previamente, sabía cómo era ella, se la imaginaba afligida, con sus ojos brillantes e inquietos a la espera de su llegada. Pero sorprendentemente no estaba allí y no sabía lo que había pasado.

Ese día ella vestía un pantalón de jean ceñido a su figura, sus infaltables tacos, una blusa blanca y el inseparable saco de lana, y en sus manos portaba una funda con las cosas de él, que tenía que cuidar mientras se cumplía la carrera.

Al cabo de pocos minutos, pudo identificar su figura por la calle, correteando junto a algunos de sus compañeros, aún no se daba cuenta de lo que pasaba.

Aquel día pudo disfrutar de uno de los actos de amor más bellos. Al iniciar la carrera, ella, que sabía de las potencialidades, pero sobre todo de las limitaciones de su hijo, sin meditarlo salió corriendo tras de él para alcanzarlo y auxiliarlo. Se olvidó de sí misma, sin pensar en los obstáculos que tendría que superar, el calor, la distancia, la incomodidad de su atuendo o lo que llevaba en sus manos, y de esa manera hizo todo el recorrido hasta llegar a la meta. Lo único que quería era ver a su hijo para proporcionarle todo el apoyo del que era capaz, no se preocupó por aliviar el cansancio o medir su esfuerzo. En ese momento, era toda para él.

Entonces regresó a ver a su madre que yacía en la cama del hospital y sus ojos no pudieron contener las lágrimas. Se sintió el hombre más afortunado del mundo por haberla tenido a su lado, por haber sido el poseedor de su afecto, por ocupar un lugar privilegiado en su pensamiento y en su corazón.

Sintió la presencia de su hermana con quien compartiera los años de la infancia. Ella también miraba a su madre de una manera singular. El joven se había percatado del enorme parecido que tenía con ella cuando era joven, de postura sobria, de mirada inteligente, segura de sí misma.

La chica preguntó si estaba pensando lo mismo, y él le contestó que creía que sí. “Sabes —dijo ella—, en su momento nuestra madre habría podido partir el mundo en mitades, pero no lo hizo porque quería queuviésemos un mundo entero para conocerlo, amarlo y embellecerlo”.

Jorge Humberto quería seguir viéndola como una guerrera, aunque en este momento ya no necesitara de sus escudos y sus espadas. Quería seguirla sintiendo como su ángel de la guarda, que velaba sus sueños de tarde en tarde y en cada amanecer, porque ese era su evangelio, la manera de entender la misión que Dios le había encargado para con ellos y que ella había realizado a cabalidad.

FIN

PADRE

Son algunas pinceladas de vida, de generosa existencia desde el recuerdo y la visión que tiene del hombre que le dio la vida, desde su particular perspectiva, desde su corazón y desde el fondo de su alma.

Una noche de enorme soledad, en un camino cualquiera, se detuvo a mirar la figura de su padre que batallaba incansablemente, intentando ganarle la justa a las entrañas de aquella extraña máquina de acero, desde donde él, día a día, construía el presente y el futuro de su familia, y no pudo detener las lágrimas al ver la figura del guerrero que se negaba a envejecer, que se rehusaba a doblegarse, que desafiaba a la naturaleza misma, porque tenía la misión de construir, de apoyar, de sostener, de amar intensamente a su manera tan particular.

Entonces vio la vida desde sus ojos de niña, junto al hombre que haciendo honor a su osadía, decisión y valentía, de la mano de quien luego sería su madre, empezaron una historia de amor.

Cuando veía las fotos en los álbumes, le invadía un sentimiento de orgullo, de pertenencia y satisfacción al ver a aquella pareja unida por el amor, a quienes luego pudo reconocer como padres amorosos, generosos, severos, preocupados, exigentes, protectores.

A su padre parecía no importarle cuántos reveses pudiese darle la vida, siempre pudo atreverse, caer y volverse a levantar.

Los bolsillos de su padre parecían tener poderes mágicos, siempre había para todos, no importaba cuántas veces lo pidiesen o lo necesitasen, siempre había lo justo y algo más, lo necesario para escoger los postres de todos los sabores que alegraban los corazones de sus hijos antes de dormir.

No hubo caminos sin recorrer, horas que ganarle al amanecer, arrancarle con sus propias manos rocas a la montaña, caminos por descubrir, senderos por hacer, sin derecho al cansancio o a la rendición. Mientras edificaba su fortaleza, sus castillos, su vida, poco a poco sus hijos fueron creciendo y empezaron a soñar cada uno a su manera.

El hijo mayor tenía la virtud de mirar a través de los ojos de su padre, y su figura se agigantaba con el tiempo cuando recordaba cómo el hombre intentaba darle la fortaleza, la velocidad, la agilidad y el coraje que le faltaban para triunfar en su carrera.

Nadie podía sentirse más orgulloso que él, por la disciplina, la brillantez y la dedicación académica de su primera hija.

Luego fue ella quien le planteó el reto de idear nuevos mundos, diferente a sus dos hermanos mayores. Esta circunstancia puso a prueba la fortaleza del amor que profesaba por ella y siempre emergió vencedora.

A la tercera de sus hijas, la vida le pidió un esfuerzo especialísimo en un tiempo difícil, y lo asumió con la generosidad que la caracterizaba; a cambio recibió el cariño, el reconocimiento y el respeto profundo de su padre.

Es curioso pensar en el menor de sus hijos, cuando la diferencia en tiempo parecía insalvable, fue ganándose el derecho de ser amado como todos, amén de entender y respaldar, porque construyó un camino diferente por el valor de sus ideas.

Cada uno de sus hijos fue ampliando su horizonte, sin consultarle, sin pedir su visto bueno, y entonces fue momento de hacer silencio y de ser más generoso.

No pudo evitar que sus hijos se equivocaran, hubiese preferido evitarles el dolor, cargó con las culpas de todos, él podía asumirlo, siempre había sido de esa manera, el ser la cabeza de familia así se lo dictaba, así se lo exigía y nadie podía impedirle la satisfacción de hacerlo con sus virtudes y defectos, con sus alcances y sus carencias, con su sonrisa y sus enojos, con sus pecados y sus culpas, porque eso formaba parte de su concepto del amor.

FIN

MI HIJO APRENDIÓ A VOLAR

El hombre estaba de pie al filo del altar con la mirada de frente al Cristo, a quien él llamaba “El Flaco”. Vestía con colores claros, su cabello perfectamente peinado, dejaba al descubierto las entradas prominentes de su frente. Su rostro permitía entrever el dolor y el desconcierto contenidos más allá del límite de lo posible, mientras el sacerdote entregaba en sus manos la urna con las cenizas de su hijo. Agarró con firmeza el caro encargo y caminó con decisión por la nave central de la iglesia, rumbo hacia las Lagunas del Voladero, mientras al interior del templo una estela de dolor se dejaba sentir entre el llanto incesante de sus amigos.

La primera infancia

—Oye Pepe, vas a hacer café negro, me das también a mí por favor —decía el niño y el padre asentía mientras le pedía a cambio que se arreglase porque debían encontrar a su madre que se preparaba con todo su entusiasmo en la universidad, y cuando el pequeño niño estaba listo, de manera cómplice, tomaban la humeante bebida en los jarros de hierro enlosado, antes de partir a cumplir la tarea de todos los días, como lo habían hecho siempre.

La Escuela

—Yo no quiero quedarme en la escuela —decía el pequeño— debo ir contigo a trabajar, yo ya sé cómo hacerlo y debo ayudarte, no necesito aprender en la escuela, porque yo ya sé todo lo que tú sabes y cuando seas viejito, me van a pagar y llevaré la comida a casa —decía el niño, mientras se aferraba a la basta del pantalón de su padre, quien con un gesto amoroso le decía: “mira hijo, debes quedarte en la escuela porque vas a aprender a volar”.

El páramo

—Pepe, yo también voy a sacar las truchas más grandes del mundo como las que sacas, no cierto papi que tú sacas las truchas más grandes, tú me vas a enseñar, verdad papi —decía el muchacho emocionado, mientras se colocaba las botas de caucho, antes de salir de pesca al páramo. El padre lo miraba dulcemente y le decía que las truchas más bellas y grandes se dejarán pescar por él, porque era un niño bueno y obediente y salían con sus cañas de pescar tomados de la mano, caminando alegremente mientras silbaban la canción del pescador.

El Ángel

—Papi, papi ya son las vacaciones, llévame, llévame a El Ángel, quiero pasar allá, porque me van a llevar a ver los venados, los cóndores, los curiwingües, los toros bravos, las ovejas y vamos a dormir en la casa de Chabayán y voy a saltar sobre los sacos de habas y voy a recoger las papas de los surcos y voy a ir a ver la laguna del voladero para ver las truchas.

—Está bien —decía su padre—, pero con la condición de que saludes a las personas mayores, tiendas tu cama y comas todo lo que te den y que por las noches no dejes de rezar el Ángel de la Guarda antes de dormir.

Los sueños

—¿Sabes que quiero ser cuando sea grande? —le preguntaba a su padre. —No hijo —dime, le contestaba él.

—Sabes que tú nunca vas a envejecer, porque el niño dios me dijo que tú vas a vivir para siempre y yo voy a estar contigo y nunca nos vamos separar, entonces voy a aprender a arreglar el tractor de mi abuelo, porque él sí está viejito.

La juventud

—¿Papi en estas vacaciones que vamos a El Ángel, puede ir con nosotros Anita? —su padre sorprendido le preguntó: —¿quién es ella?

—Es mi novia —respondió. De pronto frente a aquel hombre, su hijo creció de golpe, en su rostro se marcaban las primeras barbas, las manos de aquel niño se convirtieron en las de un hombre fuerte y por primera vez vio a su hijo como un joven, atlético y atractivo que había aprendido a mirar por su cuenta otros mundos.

El viaje

—Oye papi, me gustaría ir a Galápagos estas vacaciones, en un proyecto de la universidad para contar las iguanas de la Isla Isabela. ¿Será que puedo ir?

Pepe, sentía que había llegado el momento de dejarlo partir, sin dejar de sentir temor, pero, le

dijo: —si tu madre está de acuerdo, por mí no hay problema.

La Espera

La noticia fue devastadora, Carlos había llegado a la Isla Isabela y se le asignó un área de roca volcánica agreste, donde hacer el conteo de las iguanas, le había sido provisto el equipaje de rigor y un mecanismo de rastreo satelital. Sin embargo, cuando ya todos retornaron, no había rastro de Carlos y su GPS permanecía en silencio, inmediatamente empezó la búsqueda, por parte del personal de la isla.

Se cubrió todo el espacio y no había ningún rastro del joven, a las cuarenta y ocho horas las autoridades decidieron comunicar a su padre de la desaparición de su hijo, éste inmediatamente se trasladó a la isla y sin pensarlo dos veces, apenas arribó al lugar, empezó a llamarlo por el nombre, mientras corría por las rocas negras, arriesgando su propia vida.

El hombre no descansaba en la búsqueda, giraba en lancha por mar y gritaba desesperadamente el nombre de su hijo y así pasaron cinco días, hasta que se le pidió ir al puerto, en donde se le comunicó que el cuerpo de Carlos había sido encontrado sin vida.

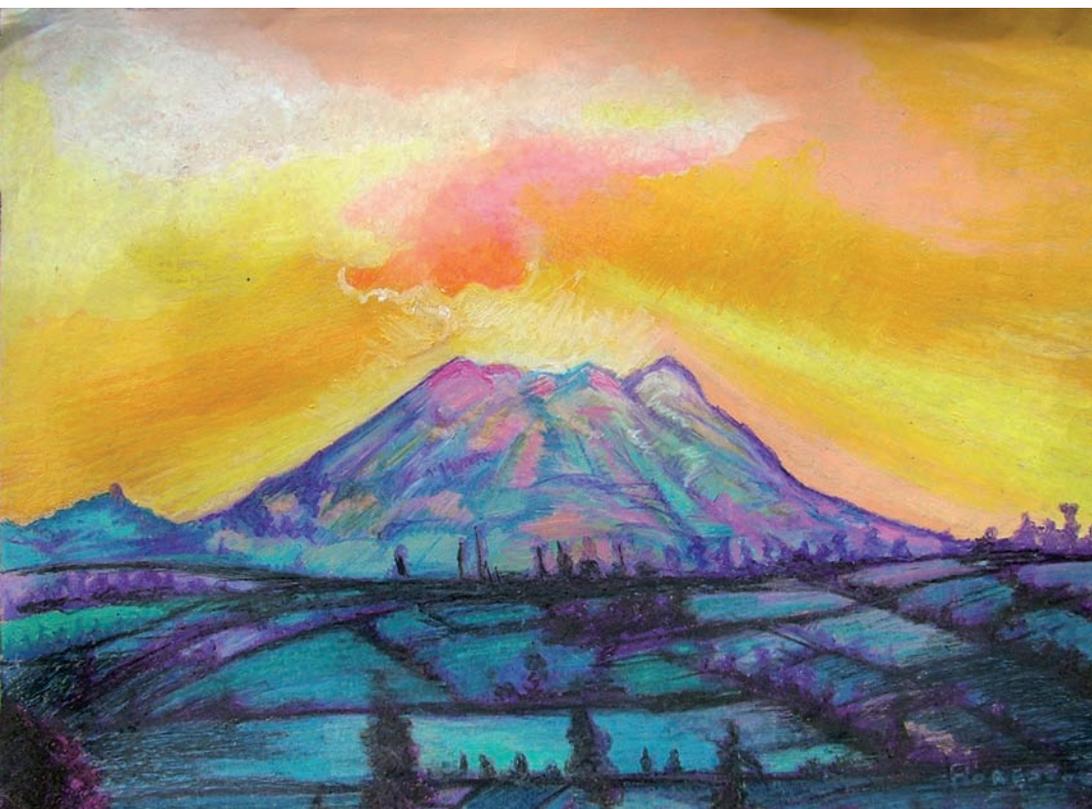
La fe

La espera había minado la capacidad física de aquel hombre, hasta llegar al agotamiento, pero, en cambio, la fortaleza espiritual brotaba con fuerza inusitada, pensaba que su hijo era un bello encargo de Dios y que ahora él lo reclamaba. Revestido de fe y coraje, recibió los restos de su hijo y emprendió el regreso a su pueblo.

La laguna

—Cuando arribaron a la Laguna del Voladero en el Páramo del Ángel, Pepe leyó un texto del evangelio, luego tomó suavemente la urna, puso las cenizas de su hijo en su mano y mientras las lanzaba al viento vio cómo se convirtieron en una paloma blanca que revoloteó por los aires acariciando los frailejones como despedida y se perdió entre las nubes que circundaban el lugar. Carlos había aprendido a volar.

FIN



MONTAÑAS

EL GUARDIÁN DE LA MONTAÑA

La llamada

La tarde moría con vestidura gris y la pertinaz lluvia golpeaba tristemente el cristal de las ventanas. Todo el día había pasado así y una vez más se cumplía aquel adagio: “En este pueblo, como amanece anochece”. Nos encontrábamos en la cocina, muy cerca del fogón, tomando una taza de café caliente y charlando con mi esposa y mis hijos mientras dejábamos que el calor encendiera el tono de nuestras mejillas partidas por el viento.

De pronto, el sonido del teléfono nos interrumpió y del otro lado de la línea una voz, que expresaba preocupación, me preguntó si sabía algo de los chicos del colegio que habían salido de madrugada hacia la montaña, con la intención de coronar la cumbre. Esta vez, estaba ajeno a tal evento y por eso le respondí que no sabía nada.

Entonces regresé junto al fogón y comenté con mi familia sobre aquella llamada; mi hijo dijo: “¡Qué lástima que el Licenciado López haya envejecido, con él ya hubiesen regresado!”. Entonces comenté con preocupación que mi amigo estaba delicado de salud y que permanecía en cama desde hace ya algunos días.

Ya entrada la noche y a punto de ir a descansar, el teléfono sonó nuevamente; era la misma voz desespe-

rada que solicitaba mi ayuda. Dijo: “lamento molestarlo nuevamente, pero los chicos no regresan y usted es el único que puede ayudarnos”.

Por mi edad, estaba prácticamente retirado de la montaña y se estableció en mí una lucha interna, aceptar mis limitaciones y proteger mi integridad física o ayudar a aquellos chicos que corrían un grave peligro.

Llamé a casa de mi amigo y mientras atendían mi llamada sonreí al pensar que su apellido y su nombre eran el mismo. De esta manera lo habíamos apodado, inclusive su esposa lo trataba así. Ella me contestó y con voz quebrada me dijo: “El Licenciado López sigue delicado, no tiene signos de mejoría”.

Necesitaba verlo. Fui hasta su casa, llamé con discreción a su puerta y al pasar a la habitación donde él estaba en cama, casi inconsciente, me era difícil verlo en tal estado, siempre había sido tan fuerte. Habíamos crecido juntos, subimos a la cumbre tantas veces. Permanecí en silencio unos instantes, luego, en voz alta, le hablé sobre los muchachos que estaban perdidos en el Chiles. Con nostalgia dije que en otros tiempos ya habríamos iniciado juntos la búsqueda, tomé la mano de mi amigo a modo de despedida y, para mi sorpresa, presionó firmemente la mía...

La búsqueda y encuentro

Decidí ofrecer mi ayuda como conocedor de la montaña y fui llevado hasta sus faldas a primera hora de la mañana siguiente. La espesa neblina del lugar impedía ver, no era posible distinguir nada, entonces solo podíamos apelar al conocimiento de la geografía agreste de la montaña. Rastreamos todo el espacio que pudimos durante la mañana pero era inútil, no había ningún rastro.

Horas después de haber iniciado la búsqueda en una de las grietas más profundas, se encontró el rastro de los jóvenes, el rescate se volvió angustioso por la dificultad que presentaban aquellos filones escarpados, sin embargo habíamos rescatado a todos, algunos mostraban heridas y estaban casi congelados, su temperatura se acercaba peligrosamente a la hipotermia.

Con curiosidad entrevisté a los muchachos, tratando de hacer en mi mente una idea cabal de lo sucedido. Todos contaban más o menos la misma historia. Decían que cuando llegaron, el tiempo era perfecto, un cielo despejado permitía ver la cumbre que les invitaba a subir, así que sin mayor precaución fueron en ascenso, nada hacía prever que las condiciones del tiempo cambiarían tan abruptamente. De pronto, cuando ya habían alcanzado la parte alta de los desfiladeros, la montaña se escondió tras bloques espesos de neblina y perdieron el contacto entre ellos.

El pánico afectó su sentido de orientación respecto al tiempo y al espacio donde se encontraban, sin embargo pudieron sentir los pasos y ver la sombra de lo que parecían venados de enormes cornamentas, y siguieron sus huellas. Sin saber cómo, estaban nuevamente juntos, cobijados por enormes rocas inclinadas que los cubrían del viento y de la lluvia. Con las primeras luces del día, al mirar las fisuras formadas en las rocas, aparecieron las formas de los venados que ellos aseguraban haber seguido y tras de ellos la sombra de un hombre en cuya silueta todos parecieron reconocer la figura del licenciado López.

Cuando terminé de escuchar las fantásticas historias narradas por los chicos que aseguraban haber sido guiados por las siluetas de los venados que obedecían al espíritu de mi amigo, solo sonreí y me dispuse a regresar.

Apenas llegué al pueblo, me enteré que esa madrugada había muerto el licenciado López. Entonces acepté que la fantasía tiene mucho de realidad.

FIN

LA QUENA Y EL VIENTO

Un día para la aventura

El deslizarse del camión era cada vez más triste, el camino sinuoso y desafiante se asemejaba al hilo de una cometa que se escondía caprichosamente entre las nubes, e iba tomando fuerza el sonido rebelde del motor que le ganaba la lucha a las alturas, por donde se asomaban los indiscretos frailejones con la curiosidad de saber quién se atrevía a romper el milenario silencio donde solamente el viento deja oír su silbido lastimero.

El día apenas dejaba escapar tímidos rayos de luz en el horizonte. Un grupo de hombres y mujeres ocultaban la incomodidad de viajar apilados en el cajón de aquel vehículo preparado para aquellos terrenos, decididos a vivir un día de aventura. Trataban de calmar los nervios por tener que enfrentar el reto de ascender al “Volcán Chiles”, unos minutos más tarde. Se entretenían charlando de las cosas cotidianas, de los amigos que no fueron, del vértigo de la ciudad, del frío que dejaba huellas en la piel.

Buscaban, sobre todo, salir de la rutina, de las dificultades propias del trabajo, de las vivencias ciudadanas, aquellas que con empeño trataban de olvidar aquel día en las entrañas de aquel coloso de roca y hielo.

Rayaba el amanecer cuando Byron llegó al sitio de la partida, risueño, cantarín e insufrible como solo era

él, inundaba la jornada con sus ocurrencias, era un mensaje de optimismo.

El inicio del ascenso

En aquel lugar donde dominaba el viento gélido, uno a uno fueron bajando del camión, la sola mirada del entorno causaba excitación; el día estaba nublado, apenas se veía la montaña entre penumbras, todos arreglaron sus atuendos, las provisiones y la cámara de fotos.

Cuando estuvieron listos, emprendieron el ascenso. En los primeros tramos el cuerpo sentía las molestias propias de la altura, el corazón golpeaba fuertemente y se apretaba sobre el pecho, las manos entumecidas parecían que se iban a quebrar en mil pedazos; buscando calor, las metían en los bolsillos. Cada uno, tímidamente, alzaba la mirada hacia la cima y hacía un inventario de sus energías, buscando la fortaleza necesaria para llegar a la cumbre.

Cuando todos habían llegado a la pequeña laguna que está situada en la palma de la mano de la enorme montaña, se escuchaba la risa de los jóvenes y los consejos de los más experimentados.

Algunos se inclinaron sobre la “piedra sagrada”, para hacer el juramento de volver a la montaña, y sumergieron la cabeza en el agua helada para cerrar el pacto entre el monte y ellos. Solo entonces estaban preparados para vencer a las murallas negras que los miraban desafiantes.

Las notas musicales

De pronto invadía armoniosamente y cada vez con más fuerza el sonido de una quena. ¿Quién podía interpretar con tanta claridad y sentimiento, tan bella música que se entremezclaba con el viento, que conju-

gaba a la perfección con la cañada por la que intentaban asaltar la tranquilidad de aquel coloso?

Buscaban entre la neblina el lugar de donde provenían las hermosas notas musicales y vieron la imagen de Byron que, sentado junto a la piedra de los juramentos, se empeñaba en arrancarle a su quena notas imposibles, en un acto de amor sublime entre el hombre y su música.

Mientras dejaban que el sonido los envolviese con su encanto, ya habían vencido una gran parte del trayecto. Sus cuerpos habían logrado la armonía perfecta, el cansancio apenas era una ligera sensación molesta y la cima estaba a unos cuantos pasos.

El “Paso de la Muerte”, previo a culminar el ascenso, fue un escollo escalofriante pero efímero, y por fin la cima. Los más jóvenes, desafiantes e irreverentes, quizá sin toda la conciencia del logro alcanzado; los demás en la búsqueda incesante de otras cimas.

Eran momentos de sentimientos encontrados. Maravillados por estar en un balcón elegido para pocos, sobrecogedor e inspirador. Byron les pidió que hicieran una cadena entrelazando las manos y comenzó a interpretar en su quena la melodía del “Padre Nuestro”. El momento era perfecto, estaban con las personas queridas, lo más cerca posible de Dios.

FIN

MAESTRO

“Un homenaje al maestro que llevamos dentro”

El encuentro

Volví a mi pueblo luego de muchos años. Un grupo de esos ex-compañeros de colegio que nunca faltan, había organizado una reunión para celebrar los 40 años de egresados. A muchos no los había visto desde aquel día en que partí con urgencia para buscar el futuro y me perdí en el tiempo, luchando, construyendo, ganando y perdiendo.

Mientras cerraba con todas las seguridades las puertas de mi vehículo, cruzó a mi lado un hombre viejo, de cabello escaso y cano que, apoyado en un bastón, todavía caminaba con paso decidido y ceño distante. Ese hombre me resultaba familiar, pero no sabía definir dónde o cuándo lo había visto.

Acabé de asegurar el vehículo, entré al salón tratando de identificar a mis compañeros. Mi corazón comenzó a acelerarse porque, a pesar del paso de los años, pude recordar a unos cuantos, muchos me reconocieron y nos enlazamos en un abrazo entrañable.

Empezó el programa. Yo, empeñado en mirar más que en oír, trataba de retroceder en el tiempo para ver las figuras jóvenes de todos aquellos con quienes

empezamos a construir los sueños. Apenas escuchaba a los invitados que iban desfilando por el micrófono. Se anunció al siguiente personaje, su nombre en ese momento no me dijo nada, era el viejo que tanto había llamado mi atención. ¡Por Dios! ¿Quién era aquel hombre? Antes de iniciar su intervención, se quitó los lentes y resaltó un brillo especial en sus ojos. ¡No podía ser! ¿Era él?, ¿pero cómo? Si era tan fuerte, tan vital, si parecía indestructible.

Recuerdos

Mientras pasábamos de la niñez a la juventud en las aulas del colegio, entró a dictar clase un nuevo profesor. Desde mi pupitre él se veía alto, desafiante, su voz fuerte me intimidaba.

Con el transcurrir de los días, sus clases habían pasado del terror al placer. Nos pedía expresar nuestra opinión y la escuchaba atentamente, nos respetaba; parecía que al final de cada jornada hubiéramos crecido; tenía la magia para hacer que el conocimiento no saliera de los libros, sino de nuestras mentes, de nuestras manos y de nuestro corazón.

Una mañana nos dijo en tono solemne: “el día viernes todos vamos a subir a la montaña, a aquella que se mira a través de la ventana. ¡El Chiles!” Durante el día había olvidado el tema del paseo, pero al llegar la noche, volvió con fuerza el fantasma de la montaña que inquietaba y atormentaba mis pensamientos.

El día anterior al ascenso, la montaña pasó cubierta de nubes, escondida, sin darme la cara. Mi madre, sonriente, me ayudaba con la ropa que debía llevar y ponía en un pequeño morral los deliciosos manjares que tendría la oportunidad de probar y compartir.

Tres horas demoramos en llegar. Entonces nos pidió que formáramos una fila india y sin más explicaciones

comenzó a caminar; los primeros de la fila se iban desvaneciendo como fantasmas que se perdían dentro de una gran burbuja etérea. Sin darme cuenta, la gran nube se esfumó y dio paso a un espectáculo sobrecogedor: una altiva montaña que se mostraba en todo su esplendor, y que nos hacía sentir tan pequeños.

Estaba dentro de un paisaje magnífico y me sentí privilegiado, el tiempo se había despejado y podía mirar a mis compañeros, y a aquel hombre a quien parecía que no le afectaba ni el cansancio ni el frío. Mientras nosotros protegíamos la cabeza dentro de una gorra de lana y nuestras manos buscaban algo de calor en los guantes, él llevaba su melena al viento y sus manos libres.

Ya bien arriba, nos reunió a todos y nos mostró nuestro terruño de una manera singular. Entonces el paisaje empezó a tener sentido. Hacia el ocaso, una clara franja azul que delataba la presencia del mar; hacia el sur las montañas con cabezas blancas que daban nombre a algunas provincias de nuestro país. Todo en medio de un verde y azul infinito.

Por primera vez veía el mundo desde arriba. Entonces él dijo: “hoy tenemos una cita con la cima que está a mis espaldas, pero allá en el mundo hay muchas cimas que conquistar, no todas serán de roca y nieve como la de hoy; se llamarán profesión, trabajo, familia, espacios”. Y sentenció que tendríamos toda la vida para lograrlo.

Me quedé mirando hacia el infinito, tratando de identificar o quizá inventar mis propias cimas. De pronto todo parecía estar al alcance de mis manos, me sentía diferente, me había encontrado a mí mismo, sabía que tenía un largo camino por recorrer.

Tenía razón

Yo ansiaba que acabara el programa porque necesitaba abrazarlo. Al acercarme, él pronunció mi nombre y nos encontramos en un inolvidable y emotivo abrazo, luego sujetó mis hombros y me preguntó: ¿has cumplido tus sueños y alcanzado tus cimas?, y yo, con lágrimas en los ojos, le respondí orgulloso: “¡Por supuesto que sí, Maestro!”.

FIN



PAISAJES

PESEBRE

—Vamos, que el viaje es largo —le dije. Ella acomodó las valijas en la cajuela, nos despedimos de los amigos, con la esperanza de volver. Encendí el motor del auto y, contestando el adiós, nos alejamos.

Volvíamos a casa con mi esposa comentando las anécdotas de esos placenteros días de navidad en la compañía de los amigos de toda la vida, la noche estaba despejada y resultaba cómodo viajar, parecía que éramos los únicos ocupantes de la carretera. Por aquella ruta había transitado infinidad de veces, de tal forma que me mantenía atento a la charla de mi compañera.

A pocos kilómetros de la población de Cristóbal Colón, al abordar la última curva, pudimos observar la imagen fantástica de un pueblo sacado de un cuadro navideño: sobre una loma asomaban como puestas al azar una serie de casitas blancas, cada una iluminada por un punto de luz brillante que solo alcanzaba a alumbrar los techos y difusamente sus fachadas; sobre todo ese conjunto, dispuesta en el centro, se mecía cadenciosamente la figura de la luna, de la que solo asomaba una pequeña franja luminosa y casi en su totalidad cubierta de un manto gris, de la que emanaba suficiente luz para ver dibujada en el entorno la sombra de los árboles que complementaban aquella poesía visual extraída del mejor de los pesebres.

Detuve el auto para extasiarnos de ese cuadro de fulgurante belleza, había que mirar detenidamente ese regalo que generosamente se desplegaba para nosotros. Luego de unos minutos de estar en silencio, contemplando esa creación, solo quedaba alejarse, llevándolo en la retina la imagen de ese pueblo decorado para navidad.

Tenía que volver a ver aquella imagen. Entonces, al año siguiente, regresé y no la pude encontrar. Estaba seguro de que era el mismo lugar donde estuvimos aquella noche, encontré la loma, encontré las casas y también los árboles, pero no estaban dispuestos de la misma manera como en aquella noche de diciembre. Quizá el pesebre solo esté dispuesto para deleitar al viajero que lo encuentre al azar, cuando el espíritu de la noche buena así lo quiera.

FIN

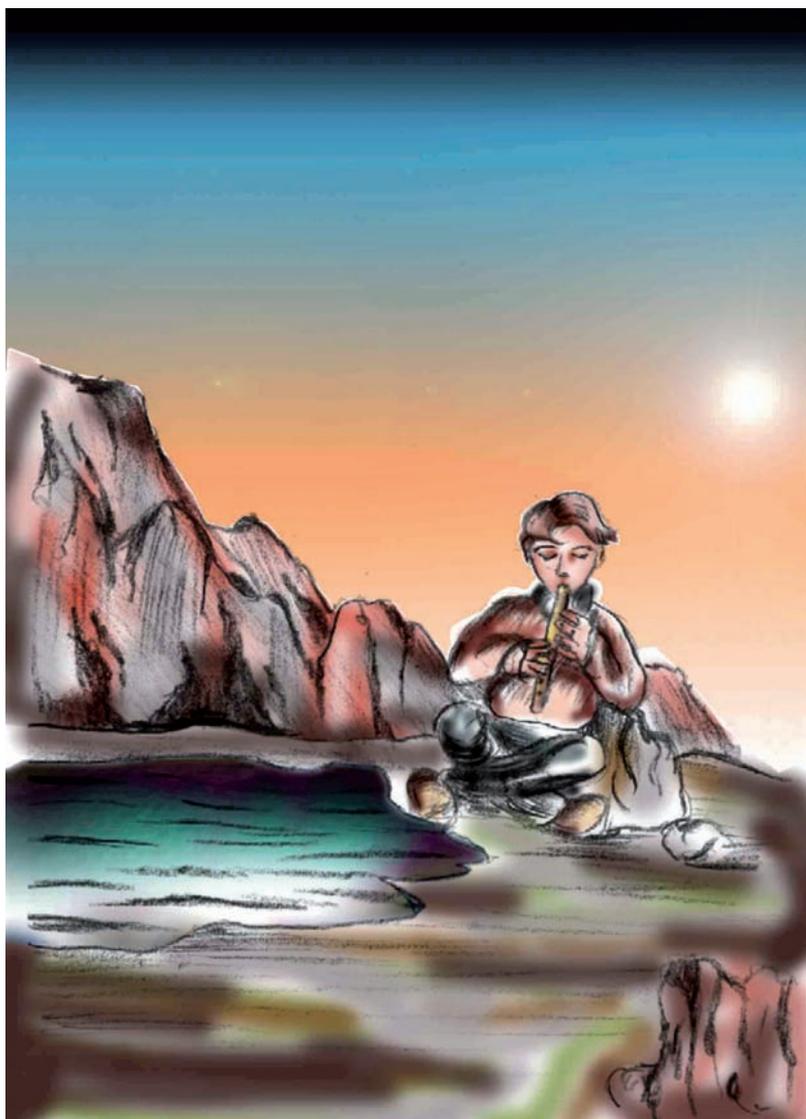
TARDE GRIS

Salimos a caminar aquella larga tarde de domingo, recuerdas querida, hacía frío, sin embargo había algo extraño en el ambiente. De pronto comenzó a soplar una ráfaga de viento que venía del lado de la enorme montaña que sirve como lecho a la ciudad.

Como si brotara de la cima del monte, comenzó a salir una nube negra que avanzaba amenazadoramente, hasta posarse por completo sobre el pueblo, tiñéndolo de penumbra. Llovió violentamente y en segundos las calles quedaron vacías, todos buscaron refugio. La lluvia arreciaba con furia, como si la enorme nube quisiera castigar las avenidas y los edificios, las iglesias y los parques.

Al cabo de un instante, de la misma manera que la nube se posó sobre la ciudad, se retiró hasta esconderse tras la montaña, y el cielo quedó limpio, apenas adornado por un puñado de nubes regadas en el cielo.

FIN



AVENTURAS DE NIÑOS

PAÑOLETA ROJA

*A Édison Landázuri,
forjador de mujeres y hombres nuevos.*

Abrí el baúl donde guardo mis más bellos tesoros, allí estaba mi pañoleta roja, leí con emoción los mensajes escritos y la fuerza de los recuerdos me llevaron a revivir la historia de mi primer campamento.

I

Cerca del medio día se levantó de su cama y miró con atención por la ventana de su cuarto, vio cómo algunos jóvenes entraban y salían de la casa que estaba junto a la iglesia en el Parque Ayora.

Deben estar preparando el campamento, pensó, debo hablar con ellos inmediatamente.

—¡Mami! ¿dónde está mi ropa?... ¡Me puedes dar mi café!...

—¡Caramba! Qué son esos gritos, por Dios, sé considerado —contestó su madre.

No podía esperar. Tomó el café y antes de salir de casa le preguntó:

—Oye mami, ¿si los jóvenes que se reúnen en la casa junto a la iglesia me quieren llevar con ellos, tú me mandarías?

—¿Cuáles? —preguntó la mujer, sin saber a lo que se refería su pequeño.

—Los que en vacaciones llevan puesto un pañuelo de colores en el cuello.

Ella contestó, por supuesto, ya tienes la edad adecuada para ir, por mi no hay problema, pero hay que preguntarle a tu padre. La respuesta de su madre incrementó su inquietud; debía hablar con los jóvenes, aunque para hacerlo tuviera que esperar todo el día.

La espera no fue larga, los jóvenes venían caminando en su dirección, entonces, colocándose de frente al que parecía más importante, dijo:

—Hola. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —contestó él.

—¿Cómo puedo hacer para ir al campamento?

El joven sonrió al escuchar a aquel muchacho delgado, pequeño de estatura de cabello negro y ojos vivarachos que lo había abordado.

—Inscríbete en la oficina —le dijo—, y si alcanzas el cupo vas al campamento.

El muchacho fue corriendo a su casa gritando a todo pulmón:

—¡Mami!, ¡Mami! Me dijeron que me puedo inscribir, y que si hay cupo me llevan, vamos, vamos a inscribirme, apúrate —insistía.

—Pareces loco, espérate, ¿llevarte a dónde?, recién estoy ordenando la casa, ni siquiera me he arreglado —le dijo a punto de perder la paciencia.

El niño insistía

—¡Mami, si se llena el cupo y no me llevan al campamento, es tu culpa, apúrate!

Apenas su madre estuvo lista, la llevó a las carreras para inscribirlo. Cruzaron la calle y se dirigieron a la casa de los jóvenes, junto a la Iglesia de la Dolorosa. Al llegar, saludaron al unísono.

—¡Buenos días señorita! ¿Aquí es donde se inscribe a los niños para el campamento?

—Sí, sigan por favor, los atiendo enseguida —respondió la joven que atendía la oficina. Luego de unos segundos dijo —síéntense, ¿en qué les puedo ayudar?

El muchacho poniéndose de pie y con voz exaltada dijo:

—¡Quiero inscribirme al campamento!

La joven respondió:

—De acuerdo, el campamento sale en ocho días, y tú eres el primer inscrito.

¡Diablos! una semana era mucho tiempo. Pero no importaba, él quería inscribirse.

—De acuerdo, dame tus datos.

—Tengo 11 años y mi nombre es Julio César, terminé el sexto y voy al séptimo de básica.

II

La noche anterior a la partida, su maleta estaba lista, empacó el trompo, la cimbra, la piola, la brújula y su amuleto de la suerte que pensó que iba a necesitar; se acomodó sobre su almohada, pero no podía conciliar el sueño; daba vueltas en la cama y cuando parecía que pasaría la noche en vela, se quedó dormido, hasta que su madre lo despertó. Se levantó de prisa, le dio un beso de despedida a su abuela y en compañía de sus padres fue al sitio de partida.

Un enorme bus de colores verde y azul que los iba a llevar al lugar del campamento, lo esperaba; un pequeño ejército de jóvenes, cada uno con una tarea específica, iban subiendo a la parrilla los alimentos que habían comprado en el mercado y todo un cargamento de maletas...

Finalmente fueron llamando a los niños de uno en uno para que subieran al bus, de manera apurada se despidió de su madre y le pidió la bendición.

—¡Julio César! ¡Julio César!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritaba.

Subió corriendo.

III

Se sentía intimidado ante la niña que se sentó a su lado. Por un momento le dieron ganas de decirle al chofer que parase, que se quería bajar. Ella, a su lado, le sonreía; él, en cambio, no sabía qué hacer ni qué decir, sentía un rubor en la cara y las orejas le quemaban. Cerró los ojos y apretó los dientes; se prometió que, aunque se sintiera mal, aguantaría hasta el final.

El bus luchaba por el camino serpenteante en búsqueda de la montaña, los frailejones les miraban desde la vera del camino, como soldados vigilantes con su cabeza de algodón.

El bullicio y las risas no disimulaban el camino largo. El bus paró y se bajaron en el lugar desde donde se veían las lagunas verdeazuladas; el viento arreciaba y el frío congelaba los sentidos.

Al subir de nuevo al bus, se sentó junto al niño que dijo llamarse Rubén Darío. Se sentía mucho mejor, ya tenía con quien hablar, había hecho su primer amigo.

El viaje continuaba cuesta abajo por un sinfín de curvas. Desaparecieron de la escena los frailejones para dar paso a las hojas grandes, como sombrillas de gigantes.

El cielo estaba nublado, llovía pausadamente y se sentía calor. Alguien tocaba una guitarra y la hacía sonar alegremente, todos cantaban y el camino se hacía más corto. De pronto alguien gritó:

—¡Miren, allá se ve el campamento!

En pocos minutos llegaron a un pueblo pequeño, con casas de madera y techos de teja donde crecían plantas con flores de colores intensos. Todo allí parecía estar mojado.

El bus se detuvo en el parque del pueblo. Al bajar notó que la ropa se pegaba a su cuerpo, llovía y tenía calor. Caminaron a un lugar bonito donde los sonidos de los grillos se mezclaban con el bramido del río, ¡era la casa!, que escondida entre los árboles, les daba la bienvenida.

Habían llegado.

IV

Les hicieron formar un gran círculo y Gustavo les dio la bienvenida; les presentó a los guías y les dijo que en esa semana también les acompañaría una pareja que iba a ser como sus padres mientras durara el campamento, sus nombres eran Hugo y Carmita. Él, alto, fuerte, con rostro serio. Ella, dulce y sonreída

Niños y niñas pasaron a sus respectivos dormitorios donde había camas de dos pisos; no cabía de la felicidad cuando le tocó la cama de arriba... ¡Era grandioso!

Colocó su maleta en el sitio indicado, salió al patio y estuvo listo primero. Los dividieron en grupos y le tocó

en la “patrulla tres”, formada por cuatro niñas y cuatro niños: su amigo Rubén Darío que era alegre, Alex que tenía los ojos brillantes y vivaces, Fabián que parecía estar siempre enojado y él... ¡Diablos! En su patrulla estaba la niña que lo ponía nervioso, se llamaba Eli, Penélope que era muy inteligente, Ximena muy alegre y la Nanu a la que nada parecía impresionarle.

Un guía y una tía también formaban parte de la “patrulla tres”; él era alto y delgado, dijo llamarse Paúl; ella, de pelo lacio y largo, de voz amable, era la tía Anita.

Esa tarde jugaron, se conocieron, al caer la noche fueron a traer la linterna y formados por patrullas emprendieron una caminata nocturna; primero iba Cristian, un niño con la cara roja como un tomate riñón, que llevaba la bandera. El camino era oscuro y el ruido de algunos animales daba miedo; solo los cantos que iba aprendiendo, le tranquilizaban. Caminaron un largo rato acompañados por la luna, hasta llegar a un río que solo pudieron oír.

Después de la cena era la hora social, los jóvenes tocaban la guitarra, su guía, Paúl, cantaba las canciones que había aprendido de su padre, mientras las mariposas adornadas con vestidos de colores volaban alrededor de las lámparas de kerosene, el lugar llenaba el alma de los niños de asombro y emoción.

Era difícil terminar con tan hermosa jornada, pero había que levantarse temprano porque al siguiente día se iban a sortear las pañoletas. Se acostó con la expectativa del nuevo día, afuera llovía y en el cuarto contiguo se oían las risas de las niñas.

V

El sonido de un pito los despertó, estaba amaneciendo, había que darse prisa si querían ser los primeros,

Julio César corrió hasta el patio donde estaba su guía, y Paúl le preguntó:

—¿Arreglaste tu ropa?, ¿tendiste tu cama?

Nunca lo había hecho, no sabía hacerlo, su madre siempre lo hacía por él. Volvió al dormitorio, acomodó su ropa e intentó tender la cama, quedó arrugada, mientras que la de Alex se veía perfecta, tímidamente le pidió ayuda, Paúl desde la esquina los miraba, meneaba su cabeza de un lado a otro y sonreía.

En el patio conocieron a Henry, un joven flaco y desgarbado de cabeza grande y cabello ensortijado, quien dirigía los ejercicios, era tan gracioso en sus movimientos que no podían parar de reír.

Gustavo les pidió formarse para cantar el himno del campamento mientras se izaba la bandera, ahí supo que eran los símbolos de los campamentistas, por eso tenía que aprenderse la letra para cantarla con fervor.

Para entregar las pañoletas había que sortear los colores, un niño de cada patrulla debía coger un papel donde estaba el color que en suerte les iba a tocar. Él quería ser quien represente a su patrulla, pero Eli se le adelantó. ¡Quería matarla! Ella tomó el papel, lo abrió, hizo una mueca de disgusto y dijo que era el rojo.

—¡Es rojo! ¡Es rojo! —gritaba Julio y salió corriendo donde estaba ella, la iba a abrazar y estando a menos de un paso, se detuvo, como si chocara contra una pared, no podía tocarla, era una niña, se dio vuelta enseguida y volvió a su lugar.

Estaba feliz.

VI

Más tarde, Mike les dio una charla, no recordaba todo lo que había dicho, lo que le quedó claro es que él era único e irrepetible. Esta idea le gustaba al venir de

Mike, tan blanco que parecía transparente.

Para ir de caminata llevaban ropa ligera, pantaloneta, toalla y, por supuesto, la pañoleta. Se alejaban entonando canciones. Cruzaron puentes, sortearon piedras, charcos y troncos en medio de árboles gigantes con enormes brazos que parecían agarrarse unos a otros. A punto de desfallecer por el hambre y el cansancio, de un frondoso árbol de tronco color rosa caían frutos amarillos, redondos y fragantes, eran guayabas maduras y dulces.

Cerca del medio día llegaron al vado del río, el agua transparente los animaba a nadar, Paúl se metió primero y dando unas brazadas fuertes llegó al otro lado, Papá Hugo subió a una piedra y haciendo la figura del ángel se lanzó hacia la corriente. Casi todos habían cruzado el río, menos Fabián que se quedó en la orilla, con su ceño fruncido como siempre.

VII

Nadie sobró nada a la hora del almuerzo, tenían tanta hambre que hasta la remolacha les pareció deliciosa.

A la “patrulla tres”, le tocaba lavar las ollas, él y Fabián tomaron la más grande. De seguro que ellos entraban de cuerpo entero en semejante recipiente —pensaron—, además estaba endiabladamente negra, resignados la fregaron hasta que quedó brillante, pero ellos quedaron tan negros como la olla. Fabián renegaba de su suerte, maldecía y mascullaba para sí mismo una serie de palabrotas, aseguraba que en su casa no había lavado ni siquiera una cuchara. El día había sido intenso, apenas se acostó se quedó dormido.

“El pito otra vez, ¡diablos! Me quedé dormido”.

Esa mañana Gustavo los envió a la cocina. Todos hicieron un gesto de desaprobación.

A él le dieron un cuchillo afilado y junto a Penélope y la Nanu tenían que pelar medio quintal de papas.

“¡Diablos, jamás he pelado nada!”. Cogió una, la quedó mirando y Carmita, tras él, agarró sus manos y le fue enseñando. La primera la pelaron juntos, y las demás las hizo él.

Eli intentaba pelar un pedazo de yuca como si fuera una papa, a todos les causaba risa, entonces papá Hugo hizo un tajo en la cáscara y, como por arte de magia, la yuca quedó pelada, blanca y reluciente.

Mamá Carmita le pidió a la Nanu cosechar una papaya y una piña, salió con Alex y luego de unos segundos, éste no paraba de reír porque Nanu le pidió a él que buscara el árbol de las piñas para cosecharlas, ella creía que crecían de esa manera cuando éstas se hallaban a sus pies.

Hugo cortaba la leña, Fabián y Rubén Darío la llevaban a la cocina, avivaban el fuego y todos disfrutaban de aquellas historias que narraban los papás.

Gustavo entró a la cocina y preguntó si estaba lista la comida. Ellos le dijeron que sí, que jamás probaría una comida tan rica, la prepararon con sus manos, aunque Henry preguntaba a cada instante:

— ¿Cómo se comen las papas cuadradas con ojos?

VIII

La alegría fue indescriptible al ver la vetusta camioneta azul, que llevaría las cartas que habían escrito para sus padres.

Él quería contarles todo lo que había hecho, tenía mucho qué decir, les hablaba de los pájaros, de los ejércitos de hormigas, de las mariposas numeradas, de los ríos, de los guías, de los amigos, de tantas y tantas cosas, y al final, cuánto los quería.

Cayó la noche y se preparaban para la acampada, a cada patrulla se le había asignado dos carpas y un lugar en la montaña dónde llegar.

¡Había comenzado la supervivencia!

Un sentimiento de emoción y temor los embargaba, Paúl organizaba al grupo, debían ir primero las niñas y ellos caminarían atrás.

Dos horas de caminata y estarían en la montaña, les había dicho. Apenas iluminados por la luz de sus linternas, resultaba difícil orientarse, la vegetación era abundante y se sentía la humedad, la lluvia que lo impregnaba todo y hacía difícil el avance.

Estaban cansados, los pies les dolían de tanto caminar, pero lo peor era el hambre y había que cocinar. Buscaron en la funda de comida y encontraron una olla, un poco de arroz, una cebolla paiteña, dos limones, una lata de atún, una piña un poco de sal y nada más.

“Con el hambre que tengo y la comida se ve tan poca”, pensó.

Julio César y Rubén Darío formaban un buen equipo. Se ofrecieron a traer la chamiza, Eli y Penélope fueron por el agua y Alex hizo la fogata. El trabajo en equipo funcionó tan bien que en poco tiempo ya degustaban de un sabroso arroz con atún y cebolla que Nanú había picado, valiéndose de un “tillo”, aunque para eso había tenido que llorar y de sus grandes ojos verdes caían lágrimas sobre la cebolla.

El canto de los grillos que se acompasaba con el sonido de la guitarra, el calor que emanaba de la fogata, las carpas, los amigos, las risas... Todo formaba parte de la magia del momento.

IX

Transcurrida la tarde y ya cerca del anochecer, fueron a conocer la iglesia del pueblo.

—Los templos en la noche me dan miedo —le comentó a Alex.

—Sí, a mí también —respondió.

La iglesia estaba húmeda. El clima había dejado huella en sus paredes con la intención de dibujar su mensaje. El techo a dos aguas hacía de campana acústica y transformaba las gotas de lluvia en una perfecta sinfonía que se escuchaba todo el día.

En el altar mayor, la imagen de Jesús, ni crucificado ni sangrante, con sus manos abiertas y con su dulce mirada, lo ancló a ese sitio. En ese instante exclamó:

—¡Está vivo!

Los demás asintieron.

En ese lugar Dios era tan bello, pensaba... Las palabras del padre lo sacaron de su embelesamiento; él hablaba de encontrar a Dios en la naturaleza, en el río, en la mariposa que tiene el 89 sobre sus alas, en las hormigas y sobre todo en las personas...

¿Será que Dios también está en el Fabián?, se preguntó.

X

Al siguiente día se preparaban para recibir a las personas del pueblo que venían de visita, esto los llenaba de interrogantes:

¿Cómo serían?

¿Les gustaría que con cada verano un tropel de niños alterara la tranquilidad de su pueblo?

La “patrulla tres” había sido designada para ir a comprar las yucas que serían parte de la comida que más tarde compartirían con los visitantes.

Se dirigieron a la tienda y a la mujer que atendía le solicitaron que les vendiera yucas.

—Saquen ustedes mismo —les dijo, indicándoles las plantas. Ellos agarraron las ramas y por más que tiraron no salían. La mujer reía con ganas al ver como caían al piso uno encima de otro.

Entonces dijo:

—Echen agua sobre la planta y después halen.

A la cuenta de tres las yucas salieron fácilmente.

Después de un apetitoso sancocho y ya en el salón, compartieron con los invitados sus canciones y juegos, pero sobre todo con el encanto del pasado escucharon la historia del lugar y sus costumbres

—¡Qué curioso! Se enteró que, como señal de que no había nadie en las chozas, que no tenían puertas ni ventanas, el dueño solo tenía que voltear la escalera y nadie podía entrar.

—Que algunas horas río abajo habitaba una tribu que no conocía la civilización, y que algunas personas llegaron hace ya muchos años desde el otro lado del

mundo huyendo de la guerra y se quedaron a vivir para siempre.

XI

Gustavo los hizo formar y a cada patrulla le pidió una tarea especial, debían escribir lo que hasta ese día les había parecido significativo y especial de campamento y que, cuando terminaran, recogieran la chami-za para la ceremonia de esa última noche.

No podía ser... Se mostró bastante sorprendido.

¿La última noche?... Tuvo la extraña sensación de no querer irse, no sabía si a los demás les pasaba lo mismo que a él.

“Pensar en lo más importante y significativo del campamento”, había dicho Gustavo. Tenía tanto qué decir que se le acabó la hoja y siguió escribiendo hasta en los bordes, la volvió leer y luego de doblarla, la entregó a Paul.

Acostumbraba sus ojos a la chamiza que ardía y no pudo evitar sentirse deprimido. Se dio inicio a la ceremonia de compromiso y despedida con canciones que hablaban de la amistad. Gustavo pronunció palabras que emocionaron a todos y después de unos minutos hicieron el juramento sobre la Biblia, sobre el agua y el fuego:

“Ser más para servir mejor”

Éste era el lema del campamento y de ahora en adelante sería el lema de sus vidas. En ese instante se quemaron los papeles escritos en la mañana y se compartió un enorme pan a manera de comunión. Como impulsados por una fuerza incontenible, se abrazaron, muchos lloraban, mezcla de emoción y nostalgia

Por fin podía abrazar a Eli sin ponerse nervioso. Lo hizo con fuerza, y ella le regaló un besó.

¡Que increíble sensación!

XII

El sabor del café ese día era diferente, sabía a camaradería. La ceremonia de la noche anterior les había inyectado vida, hacían las cosas diligentemente, tenían su cama, acomodaban la ropa.

La actividad de la mañana consistía en juntar materiales propios del lugar y crear un paisaje que se asemejase a la casa de campamento en una enorme cartulina negra.

Cerca del medio día fueron a la feria en la plaza de la iglesia. La gente del pueblo los saludaba al pasar y una señora gritaba “¡alfeñiques”, lleve los “alfeñiques!”

Estiró la mano para recibir un pedazo de dulce, apenas lo puso en su boca se derritió.

Compró envueltos de yuca y plátano, naranjillas, guabas y una botella de miel para llevar a la casa. Seguro que a su madre le iba a gustar.

La hora del almuerzo se volvió tensa. En la mente de todos estaba el regreso.

A Rubén Darío le dijo:

—No quiero irme.

Él le preguntó:

—¿No extrañas a tu mamá?

—Sí, la extraño —dijo—. Pero también me gusta este lugar...

XIII

Él se había sentado junto a la ventana, con la frente pegada al vidrio. Mientras el bus se alejaba de la casa-campamento, con sus sonidos y colores, quedaba atrás el pueblo que los despedía con lluvia. Eli lo miró y le agarró fuertemente la mano, en señal de apoyo.

En el bus había mucho ruido y movimiento, todos querían tener un recuerdo escrito en las pañoletas, así que fueron intercambiándolas y escribiendo sentidas frases; la de Fabián era corta pero muy especial, solo decía: “Para mi amigo Julio”.

“Mi pañoleta es un tesoro”, pensó: “no solo es roja, sino que tiene el olor de la aventura, y los mejores pensamientos de mis amigos”.

“Bienvenidos”, decía un gran letrero que se había colocado en el salón de la Casa de la Juventud. Allí se había reunido la gente para esperarlos. Julio César miraba a todos lados, buscando entre las personas esas caras tan queridas para él, entonces vio a sus padres, cogidos de la mano.

Gustavo, como coordinador, empezó el programa. Fueron hablando los guías y cada patrulla presentaba el trabajo realizado en la cartulina negra.

—“Patrulla tres” —dijo.

Esa era la suya, le tocaba mostrar su trabajo, tenía tantas cosas que contarles.

La canción de despedida se cantaba en ese momento, sintió un nudo en la garganta y no pudo evitar derramar algunas lágrimas al escucharla:

*“No es más que un hasta luego,
no es más que un breve adiós...”*

Se despidió de todos y se alejó, llevaba en el corazón la mejor experiencia de su vida y la promesa de amor que Eli le regalara con la mirada.

Epílogo

Ya no se oía ruido en el cuarto de mi hijo, entreabrí la puerta para verlo y seguía inquieto, como yo cuando tenía once años y me preparaba para vivir mi primera gran aventura de campamento. Hoy le tocaba a él, claro, son otros tiempos, otros lugares, otros motivos.

Ojalá que él también tenga la oportunidad de conocer a Dios a través de sus amigos, de las montañas y los ríos, por medio del amor y de la vida.

FIN





